

Revolución, Restauración y Crisis en la URSS

Tomo III.

**Del Socialimperialismo
al Imperialismo,
de Jruschiov a Putin**

Diseño de tapa:

Gama Estudio Gráfico Constitución 3135-Caba.

@ Carlos Echagüe

@ Editorial Agora

Matanzas 3052 CABA

correo electrónico: editorialagora@yahoo.com.ar

Echagüe, Carlos

Revolución, restauración y crisis en la URSS : del socialimperialismo al imperialismo, de Jruschiov a Putin. - 1a ed. - Buenos Aires : Agora, 2010.

v. 3, 464 p. ; 16x23 cm.

ISBN 978-950-9553-51-4

I. Título

CDD

Fecha de catalogación: 28/05/2010

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en **Artes Gráficas Neiga**, Río Cuarto 2450, Buenos Aires,

República Argentina, en el mes de julio de 2010

Carlos Echagüe

**Revolución,
Restauración y
Crisis en la URSS**

Tomo III.

**Del Socialimperialismo
al Imperialismo,
de Jruschiov a Putin**

EA Editorial Agora

AGRADECIMIENTOS

*A Claudio Spiguel por sus valiosas
observaciones y sugerencias.*

A mi compañera de toda la vida por su apoyo.

A la compañera Eli de la Juventud por su colaboración.

Prólogo

Claudio Spiguel

En la segunda mitad de 1991 culminaba el proceso abierto en Europa Oriental desde la caída del Muro de Berlín, con el colapso e implosión de la URSS, su régimen político “soviético” y el monopolio del P “Comunista”. ¿Se trataba del fin del comunismo, contra el que se levantaban las masas y naciones oprimidas demostrando así el fracaso del marxismo y la utopía del camino socialista? Así lo pregonaban en el oeste y en el este todos los representantes de la burguesía, incluyendo los que hasta entonces habían gobernado invocando la herencia de Lenin (“a Dios rogando y con el mazo dando”), como los dirigentes del PCUS.

Se desató una enorme campaña ideológica anticomunista y contrarrevolucionaria que se entrelazó con la ofensiva, desplegada desde los años 80, de los capitalistas contra la clase obrera y de las potencias imperialistas contra las naciones y pueblos oprimidos,.

Por entonces, los auténticos marxistas leninistas, en el mundo y también en la Argentina, proclamaron que la caída de esos regímenes políticos despóticos y opresivos constituía el sinceramiento final del capitalismo realmente existente en esas sociedades desde muchos años antes. La burguesía burocrática monopolista de Estado, en el marco de una brutal crisis económica, política e ideológica arrojaba la “máscara” socialista: era la crisis y el fracaso del “falso comunismo” con el que se había encubierto la explotación, el fascismo (de tipo hitleriano como lo formulara Mao Tsetung ya en 1964) y el imperialismo. Fue una crisis y cambio de régimen, con el trasfondo del declive y fin de la URSS como superpo-

tencia y la conversión posterior de Rusia en una potencia imperialista secundaria en un mundo ya multipolar.

Carlos Echagüe, dirigente del Partido Comunista Revolucionario de la Argentina, publicó en ese entonces el primer tomo de su obra *Revolución, Restauración y Crisis en la Unión Soviética*, dedicado a la construcción del socialismo en la URSS desde la revolución hasta la victoria antifascista en la Segunda Guerra Mundial. *El socialismo demostró su superioridad* constituye un denso trabajo de reconstrucción histórica y de reivindicación fundamentada de la primera revolución proletaria triunfante de la historia y de la lucha, inédita, compleja y heroica, por la construcción de una sociedad socialista .

Posteriormente, en 1995 publicó el segundo tomo: *La restauración capitalista*. Partiendo de la reconstrucción de la posguerra, echó luz sobre la aguda lucha de clases en el seno de la sociedad socialista y los factores y causas objetivas y subjetivas (incluyendo allí una evaluación de los errores de los marxistas leninistas en el seno del PCUS desde una perspectiva proletaria revolucionaria), que hicieron posible el acceso al poder de una nueva burguesía incubada en el partido y el Estado. Su predominio se expresó en las orientaciones revisionistas del XX Congreso del PCUS y se consolidó con un golpe de Estado en 1957. La restauración capitalista fue la consecuencia de estos hechos, desplegándose en el período jruschoviano.

El estudio de Echagüe culmina con el presente tomo dedicado a la historia, características y contradicciones específicas del capitalismo monopolista estatal soviético, sus rasgos peculiares -en cuanto al grado de centralización, al entrelazamiento del sistema “público” y el privado “en negro”, etc.- partiendo de un análisis minucioso de las relaciones de producción vigentes y también de la naturaleza de clase del Estado.

Se trata entonces de la evolución histórica, desde los años 60, de la URSS y de su clase dominante, la burguesía burocrática monopolista de estado, con sus alas ortodoxa o liberal, centralista o descentralizadora, en las “eras” de Jruschiov, Brezhnev, Gorbachov. Aborda minuciosamente las raíces económicas, sociales y políticas de la expansión del socialimperialismo (socialismo de palabra e imperialismo en los hechos) en la era bipolar de las dos superpotencias, en un periplo con jalones significati-

vos de la intervención en Checoslovaquia en 1968 a la invasión y guerra de Afganistán desde 1979, su empantanamiento y su derrota. Una expansión imperialista que también padeció el pueblo argentino, constituyendo la Unión Soviética y sus intereses en el país los principales apuntalamientos y beneficiarios de la dictadura videlista instaurada en 1976.

El tomo incluye, contando con los nuevos materiales y perspectivas que brindan los años transcurridos desde 1991, una rica reconstrucción de la crisis y el fin de la URSS y de las tendencias y rasgos principales de la etapa post-soviética, de Yeltsin a Putin. Se aportan así elementos importantes para la lucha antiimperialista del presente argentino y latinoamericano.

Este tomo no proviene solamente de investigaciones desarrolladas en los últimos quince años, que han permitido enriquecer y corroborar con múltiples nuevos datos la reconstrucción realizada por el autor y sus tesis. Constituye en realidad la culminación de un persistente trabajo, a la vez militante y científico, que se remonta a principios de los años 70.

En 1968, jóvenes marxistas leninistas argentinos repudiaron públicamente y con una manifestación la invasión soviética a Checoslovaquia. Esta toma de posición condujo a los comunistas revolucionarios a definir en 1972 el carácter capitalista y explotador de la dirigencia soviética. Y en 1974 profundizaron esas definiciones sobre la base del aporte de Mao Tse tung, desentrañando la naturaleza socialimperialista del sistema económico y del Estado soviético de ese período, lo que resultó fundamental para dar cuenta de su penetración en la Argentina. También hicieron suyo el más importante aporte teórico y político maoísta atinente a la continuación de la lucha de clases en el socialismo, lo que iluminó las causas profundas de la restauración capitalista en la URSS y bocetó, con la experiencia de la Revolución Cultural Proletaria en China, el camino para continuar la revolución dentro del socialismo.

En 1974 Echagüe publicaba *El otro imperialismo*, que aportó de modo decisivo a estos temas buceando en profundidad en la restauración capitalista operada en la URSS a partir de Jruschiov y su carácter capitalista monopolista, imperialista, según la rigurosa definición leninista. Así lo destacaba el comentario bibliográfico sobre aquel libro precursor realizado por Horacio Cifardini en la revista *Los Libros* en 1975, comentario que se reproduce como apéndice de este volumen.

Desde entonces han pasado muchas décadas de lucha revolucionaria, nacional y mundial, contra el imperialismo, en particular contra las dos superpotencias, y el revisionismo. Fue al calor de esa lucha y al servicio de ella que el autor desarrolló sus minuciosas investigaciones y elaboró sus tesis, reflejadas también en la obra *El socialimperialismo ruso en la Argentina* (publicado en 1984, luego de la retirada de la dictadura) y en numerosos trabajos sobre la economía, la sociedad y la política soviética, desde el socialfascismo brezhneviano a la perestroika gorbachoviana y después, publicados en la *Revista Argentina de Política y Teoría*.

Con la guía del más avanzado desarrollo teórico del marxismo –el resumen científico de la experiencia socialista aportado por Mao Tsetung– se capitaliza y condensa así en esta obra un recorrido de lucha revolucionaria y de investigación científica. Esa trayectoria ha plasmado con precisión y detalle un material sin duda irremplazable en América Latina y el mundo, por la profundidad de los análisis y por la riqueza de los datos, para el desciframiento histórico, la polémica, las futuras investigaciones sobre el tema.

Esta obra devela puntos ciegos, temas “tabú” del debate político contemporáneo, clausurados por las concepciones liberales, socialdemócratas o revisionistas del marxismo con el estigma del “fracaso del socialismo” y la descalificación de las revoluciones proletarias del siglo XX como un “desvío” aberrante e irracional de la historia. Escamotean sus gigantescos logros y realizaciones en beneficio de las mayorías, incluyendo el papel de los comunistas en la derrota de la barbarie nazi, y ocultan la restauración capitalista y sus causas y la naturaleza burguesa de la clase dominante en la URSS desde 1957 (cuestiones tratadas, como se ha señalado, en los dos primeros tomos).

La primera verdad obturada que este tercer tomo de la obra de Echagüe pone en el tapete es que el régimen en la Unión Soviética desde fines de los años 50 hasta su implosión, lejos de ser un desarrollo del socialismo (definido éste bajo la etiqueta de “stalinismo”), fue precisamente el resultado de su negación, de su derrota, fruto de la lucha de clases inherente a la transición del capitalismo al comunismo bajo la dictadura del proletariado. Así, se ilumina penetrantemente, tras el presunto “socialismo real” proclamado por los jefes brezhnevianos, al capitalismo realmente existente y sus formas particulares, fruto de su peculiar origen, incluyendo su “máscara”. La clase dominante debió utilizar las formas ideológicas del antiguo poder obrero, vaciadas

de contenido e invertidos sus sentidos, para convalidar su dictadura sobre las masas, garantizar su propia unidad interna e instrumentar al movimiento comunista internacional en su expansión y disputa mundial con el imperialismo yanqui. Fue “la mentira hecha sistema” como régimen ideológico, una mentira que la burguesía y el revisionismo perseveran en sostener hasta el día de hoy y que la obra de Carlos Echagüe desnuda a fondo.

También aporta ricos elementos para la necesaria reflexión y el debate profundo sobre los alcances y las insuficiencias de las primeras revoluciones socialistas del siglo XX, los factores materiales, políticos e ideológicos de la restauración capitalista y las enseñanzas a extraer para desarrollar la teoría y la lucha revolucionaria del presente y el futuro.

En segundo lugar, este libro ilumina cuatro décadas de historia mundial, que palpitan hoy en el recorrido vital de varias generaciones, porque demuestra la verdadera naturaleza imperialista de la política soviética, en disputa con el imperialismo yanqui desde los años 60. Ayuda a esclarecer el poderoso papel contrarrevolucionario jugado por la URSS con respecto al auge anticolonialista y antiimperialista de esos años y su ulterior destino. Ello favoreció una correlación de fuerzas adversa a la clase obrera mundial y a los pueblos oprimidos, a lo que se agregó la restauración capitalista en China desde fines de 1978.

Este factor es fundamental a la hora de explicar la ofensiva reaccionaria e imperialista en la política, la economía y la ideología a escala mundial desde los años 80 a los 90. Mientras esa realidad sea escamoteada o distorsionada, generará una y otra vez falsas historias y oscurecerá la comprensión profunda del devenir histórico mundial y nacional de las últimas décadas del siglo XX..

En suma esta obra, de una gran riqueza historiográfica -pues ofrece un gran cúmulo de información y testimonios habitualmente poco conocidos en América latina sobre la historia de la URSS-, desentraña cuestiones urgentes de un pasado desvirtuado, que condicionan de modo contundente nuestra actualidad más inmediata. Brinda conclusiones ineludibles para orientar las luchas del presente y del futuro de la clase obrera y de los pueblos oprimidos, en momentos en que una profunda crisis mundial del capitalismo azota al mundo y de cara a las futuras oleadas revolucionarias que inevitablemente sobrevendrán en el siglo XXI.

Introducción

El presente es el tercero y último tomo de una obra que aborda el proceso de la revolución y la construcción del socialismo en la Unión Soviética, la restauración capitalista, el socialimperialismo, su crisis, su sinceramiento, el fracaso de la perestroika, el colapso de la URSS, el imperialismo ruso en los últimos veinte años, en un mundo ya no bipolar sino multipolar.

Los trabajos preparatorios, la investigación, la elaboración del material y la publicación de los tres tomos demandaron más de dos décadas.

En el capítulo XVI encaro el análisis de los cambios cualitativos en las relaciones de producción a partir de que los revisionistas, que expresaban a los nuevos elementos burgueses, usurparon la dirección del partido y del estado. Dicho análisis y el examen de la superestructura política e ideológica ponen al descubierto el sistema realmente existente, el capitalismo monopolista estatal, y sus particularidades. El “socialismo real” fue la negación del socialismo, su conversión en forma original en imperialismo y fascismo.

En los capítulos XVIII y XX se trata el socialimperialismo en tanto categoría científica y cómo los hechos fueron evidenciando que la URSS no era ni podía ser el “aliado natural” de los pueblos y las naciones del Tercer Mundo.

Los imperialistas proclaman el supuesto “fracaso del socialismo” y sus ideólogos sentencian que se debe, según ellos, al “gran fracaso intelectual” del marxismo. Pero ocultan celosamente que Mao Tsetung, el líder de la revolución en el país más poblado de la Tierra y el teórico marxista-leninista más importante de nuestro tiempo (ninguneado o vilmente atacado), desentrañó el carácter del cambio cualitativo producido en la URSS con

el XX Congreso del PCUS (febrero de 1956) y el golpe de estado de junio de 1957. Pocos años después, precisamente utilizando las herramientas teóricas del marxismo, Mao demostró que el ascenso del revisionismo al poder era el ascenso de la burguesía al poder.

Un muro de silencio se ha erigido para ocultar este análisis de Mao. Porque a la burguesía, tanto a la del Este como a la del Oeste, le conviene difundir por todos los medios entre las amplias masas populares la idea de que la URSS que colapsó en 1991 era comunista.

A principios de los años '60, Mao Tsetung formuló un interrogante fundamental: ¿de dónde, por qué, surgen elementos seguidores del camino capitalista tipo Jruschiov, anidan en la dirección máxima y pueden llegar a usurparla? Para abordar este problema Mao se atuvo firmemente al materialismo histórico en oposición al idealismo. Sostuvo que el revisionismo jruschioviano no podía ser el producto de una mera individualidad negativa y, por consiguiente, había que desentrañar sus causas. Era preciso estudiar las contradicciones de la sociedad socialista en la base económica y en la superestructura para descubrir las raíces objetivas y subjetivas del revisionismo burgués.

Esta cuestión fundamental está en el centro del debate en el movimiento comunista internacional a raíz de la derrota sufrida por la clase obrera en 1957 en la URSS y a fines de 1978 en China.

En el capítulo XXIV trato de analizar los problemas de la base y la superestructura a la luz de la primera experiencia histórica del socialismo y con la guía de la teoría de Mao sobre la continuación de la revolución en las condiciones de la dictadura del proletariado. La Revolución Cultural Proletaria China iniciada en 1966, aunque fue derrotada, impidió la restauración capitalista durante doce años y muestra un camino para enfrentar - con la dirección de un partido verdaderamente comunista que practique la línea de masas - a las fuerzas restauradoras, recuperando las porciones de poder que estén en sus manos. Un camino que va a fondo en la democracia grande y en la revolucionarización de las relaciones sociales de producción y de los dominios de la ideología, la enseñanza y la cultura.

La democracia grande consistió en que las vastas mayorías constituidas por los productores directos, los creadores de la riqueza, las masas de trabajadores antes desposeídos, explotados y oprimidos, pudieron co-

menzar a tomar en sus manos las decisiones de gobierno. Por el contrario, la democracia yanqui, como la de los otros países capitalistas, es una democracia oligárquica y mercantil, una democracia para una pequeña minoría.

En relación con dicho debate es de suma importancia rescatar el aporte del Che Guevara, la profundidad de su lucha contra el revisionismo soviético como evidencian sus *Notas Críticas a la Economía Política*, cajoneadas durante 40 años y publicadas recién en 2006.

Las experiencias más avanzadas de edificación socialista se inscribieron en la lucha por alcanzar y superar a las naciones capitalistas más desarrolladas, pero no de cualquier modo, sino del modo que precisamente le interesa al proletariado como clase: llevar la revolución hasta el fin, hasta eliminar las causas que generaron la división de la sociedad en clases y la explotación del hombre por el hombre.

La burguesía, en particular los renegados del marxismo, pretenden sepultar en el olvido y en la mentira las grandes revoluciones que cambiaron el mundo en gran parte del siglo XX. Como decía en la Introducción al primer tomo (10-3-1991), “ellos no examinan los errores cometidos – que desde luego los hubo, como no podía ser de otro modo - con el fin de extraer enseñanzas para avanzar más y mejor por el camino de la revolucionarización de la economía, la política y la cultura. Ellos omiten lo principal - los logros - , exageran los errores, embellecen y ponen por las nubes la vía burguesa de crecimiento y modernización. Se aferran dogmáticamente al ‘modelo’ capitalista de desarrollo económico, científico y tecnológico”.

Por otra parte, sin comprender la verdadera naturaleza social de la URSS de Jruschiov, Brezhnev y Gorbachov, no es posible entender la historia mundial del último medio siglo. En la Argentina, por ejemplo, no se puede identificar acertadamente las causas y los objetivos del golpe de estado y de la dictadura genocida instalada el 24 de marzo de 1976 sin indagar y poner al descubierto la penetración del socialimperialismo en nuestro país y el peso alcanzado por ella.

La burguesía burocrática monopolista rusa estuvo dotada de entrada de un enorme poderío heredado de las realizaciones de la Unión Soviética socialista. Pudo usurpar el prestigio de la Revolución de Octubre, la

influencia en los pueblos del mundo de la histórica victoria soviética sobre el nazismo y de las grandes conquistas sociales.

La URSS se convirtió en una superpotencia, socialista de palabra pero imperialista en los hechos. Sin embargo, como toda burguesía imperialista llegada última al reparto del planeta, necesitaba expandirse y se empeñó en la disputa con la otra superpotencia, la yanqui, en pos de obtener la hegemonía mundial. En los años '70 logró poner a la defensiva a EEUU y alcanzó la paridad estratégica militar. No obstante, su fuerza real estaba por debajo de su voracidad, como señaló Mao en plena ofensiva socialimperialista.

Hondas contradicciones internas corroían a la URSS. Su análisis es abordado en los capítulos que tratan sobre las particularidades y divisiones de la clase dominante, sobre Afganistán (primera derrota militar del socialimperialismo), sobre el brezhnevismo y la crisis de principios de los años '80, sobre la "guerra fría", la perestroika y su fracaso, el colapso.

Se fue generando una situación inédita y sucedió lo inimaginable: en 1991 se desplomó la Unión Soviética, que era una de las dos superpotencias. Esto se produjo sin disparar un tiro (salvo la represión sangrienta de Moscú contra el pueblo en Georgia y Lituania). Otra, muy distinta, había sido la historia de la Unión Soviética cuando era socialista. En 1918-1921, el naciente poder soviético de los obreros y campesinos dirigidos por el Partido Comunista enfrentó y derrotó a los ejércitos de los terratenientes y la gran burguesía apoyados por la intervención militar de catorce países capitalistas. En 1941-1945, el primer país socialista combatió duramente y venció a la Alemania hitleriana que ya había ocupado Francia y casi toda la Europa continental. En 1945-1949, la URSS rechazó el chantaje norteamericano y terminó con su monopolio nuclear.

En los capítulos XXII y XXIII abordo el proceso que finalmente desembocó en la implosión de la URSS y el curso posterior hasta mediados de la primera década del siglo XXI. La Federación Rusa, la componente principal y dominante de la Unión Soviética, se quedó con lo fundamental de la maquinaria bélica y del aparato industrial, con los inmensos recursos naturales y con el asiento de miembro permanente (con derecho al veto) del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

No obstante su potencialidad, Rusia se siguió hundiendo en una crisis económico-social muy profunda y prolongada. Presidida por Yeltsin a lo

largo de la década de 1990, estuvo reiteradamente al borde del caos y corrió serios peligros de desmembramiento.

A finales de 1999 Putin asumió la presidencia. Representa el ingreso del imperialismo ruso a una nueva etapa. El Kremlin puso fin al retroceso. Puso a foco la necesidad de modernizar su industria y su tecnología y despliega sus fuerzas en este sentido. Está empeñado en aplastar a sangre y fuego la resistencia de los chechenos y otros pueblos caucásicos. Está lanzado a recuperar posiciones en las ex repúblicas soviéticas en dura disputa con sus rivales imperialistas. Pretende asumir el papel de gran potencia eurasiática y participar activamente como tal en las principales cuestiones de la política internacional. Se está desplegando en el “patio trasero” de EEUU. Los voceros oficiales de Moscú declaran “regresamos a América Latina para quedarnos”.

Ello exacerba la disputa interimperialista entre yanquis, ingleses, chinos, rusos, europeos en nuestro país y nuestra región. Disputa que los revolucionarios y los antiimperialistas podemos aprovechar a condición de no abrigar ilusiones en imperialismos supuestamente “buenos” y de mantener firmemente una posición independiente, que hace ya doscientos años plantearon los patriotas: ni amo viejo ni amo nuevo, ser libres de toda dominación extranjera.

La profunda crisis económica mundial del capitalismo, iniciada en abril de 2007 en Estados Unidos, se prolonga y son incalculables sus consecuencias sociales y políticas. La experiencia histórica de la presente época, que continúa siendo, como dijo Lenin, la época del imperialismo y la revolución proletaria, nos muestra que existe una relación recíproca entre las crisis económicas capitalistas, la inestabilidad política, las guerras y las revoluciones. Una vez más quedan al desnudo el hambre, la desocupación, la superexplotación a los que el capitalismo condena a los trabajadores. Una vez más se evidencia que este sistema le niega a la gran mayoría de los jóvenes su derecho a tener un futuro.

La crisis pone sobre el tapete la necesidad de la revolución, para la cual es imprescindible que haya un partido capaz de crear las condiciones subjetivas que hagan posible lo necesario.

20 de abril de 2010

Capítulo XVI:

**El cambio cualitativo de las
relaciones de producción
(Primera parte)**

En el segundo tomo abordamos la situación de la URSS a principios de la década de 1950, la ofensiva de los revisionistas luego de la muerte de Stalin, el XX Congreso del PCUS, el golpe de Estado de 1957 y la restauración capitalista.

Son numerosos los testimonios sobre las reacciones de las masas ante la desaparición de su líder. Predominaba un dolor inmenso y la desesperación ante lo impensable.

Luego, la demonización de Stalin por parte de Jruschiov y la cúpula dirigente provocó rechazo en la mayoría de los obreros. Estos destacaban que bajo su conducción se había vencido a Hitler y que cuando él estaba en el poder los precios bajaban cada año. El pueblo guardaba un silencio amenazante y resistía todo punto de vista oficial y sobre todo el ataque en bloque contra Stalin. Todo lo que contaba verdaderamente, todo por lo que millones habían dado su vida era repentinamente denigrado, empuñado, calumniado, olvidado.

Estuve en la Unión Soviética en 1959-60 y pude hablar con muchos jóvenes miembros del Komsomol (Juventudes Comunistas). Por lo general nos formulaban como opinión-interrogante: “pero Lenin era bueno ¿no?”. Unos nos decían que nosotros éramos afortunados porque teníamos por delante hacer la revolución (hacía unos meses que había triunfado la Revolución Cubana), y que ellos, en cambio no tenían esa suerte porque ya estaba todo hecho, lo único que les quedaba era ir a labrar las tierras vírgenes en Kazajstán. Otros nos decían que nosotros teníamos suerte ya que a diferencia de ellos, nos era posible disponer de una vivienda cómoda, un auto, ropa y calzado buenos y elegantes...

Estas posiciones ideológicas en la dirigencia juvenil de la URSS de entonces me quedaron grabadas. Muchos años más tarde, gracias al

maoísmo, pudimos llegar a entender qué había pasado en el primer país socialista.

Fuimos conociendo que la prensa y las personalidades oficiales condenaban el “culto a la personalidad” pero no dejaban lugar para el debate. La gente sólo podía discutir en privado. En la mayoría de los casos las opiniones eran de oposición a Jruschiov. El descontento de masas crecía y se expresaba de diversa manera.

En 1962 estalló una oleada de protestas y luchas. En el segundo tomo lo reflejamos sintéticamente (ver pp.94-96). Hasta donde conocemos el punto más alto fue Novocherkask, ciudad de la cuenca industrial del Donbass, donde se produjo una gran pueblada iniciada y dirigida por los obreros de la fábrica de locomotoras eléctricas que se prolongó durante tres días. Empezó con una huelga en protesta contra el brutal aumento de la carne y de la leche, y contra el aumento en un 30% en las normas de producción exigidas. Los trabajadores de dicha ciudad constituyeron un nuevo Soviet, revolucionario, y el oficial se desbandó. Hubo manifestaciones masivas, corte de vías, bloqueo de caminos, ataque a las sedes del partido y del KGB. El mando militar se negó a ordenar que se tirase contra la multitud y confraternizaron trabajadores y soldados. Quedó paralizado el aparato partidario y administrativo, fueron rebalsadas las fuerzas represivas locales. Moscú tuvo que enviar tanques y tropas para sofocar a sangre y fuego el levantamiento popular.

Una nueva burguesía

Vimos en el segundo tomo cómo, hasta principios de la década de 1950, la nueva burguesía en germen crecía pero estaba limitada y no tenía más que una porción del poder en sus manos. También tratamos de analizar en qué condiciones pudo usurpar la dirección del Partido y del Estado y capturar el poder.

El PC (b) de la URSS había perdido más de tres millones de los mejores cuadros comunistas en la guerra antifascista. Las masas estaban trabadas para enfrentar a los revisionistas seguidores del camino capitalista porque en el Partido no se perfiló una línea y una cabeza claramente contrapuestas al revisionismo y que apelara a la

clase obrera. En otras palabras, el proletariado se encontró, de hecho, sin una dirección, precisamente cuando arreció al máximo el ataque de la burguesía contra la dictadura del proletariado. El grupo que persistía en la línea de Stalin, encabezado por Molotov, se opuso a la línea derechista en la discusión en las alturas a puertas cerradas, pero a puertas abiertas permaneció en silencio. Como Molotov mismo admitió en conversaciones publicadas en Moscú en 1991: “nosotros no teníamos ningún programa, sólo la destitución de Jruschiov”. “En este período -se lamentó- ya no quedaba ningún rigor bolchevique más”¹. Lo que no vio Molotov es que el mecanicismo y la rigidez dogmática habían creado una atmósfera que ahogaba el espíritu crítico y revolucionario del marxismo-leninismo. El admitió que no apelaron al conjunto del Partido y a las masas obreras y campesinas: “no estábamos preparados – dice Molotov – para tal enfrentamiento”. “Los nuevos elementos burgueses tenían mil lazos con los viejos elementos burgueses derrocados por la revolución y desalojados de sus posiciones en la economía y en la cultura por el avance de las transformaciones y la construcción socialistas. Refiriéndose a éstos al finalizar exitosamente el Primer Plan Quinquenal, Stalin advirtió sobre las nuevas batallas de clase en curso. “Estos ex personajes – dijo – se han introducido en nuestras fábricas, en nuestras organizaciones comerciales e instituciones, en las empresas del transporte ferroviario, fluvial y marítimo y, principalmente, en los koljoses y sovjoses. Se han introducido y ocultado allí, poniéndose la máscara de ‘obreros’ y ‘campesinos’; algunos de ellos incluso se han infiltrado en el Partido”. Y destacó que “la supresión de las clases no se logra mediante la extinción de la lucha de clases, sino intensificándola”². Contradictoriamente, tres años después, Stalin sostuvo erróneamente que las clases explotadoras habían sido eliminadas y que no existían más fuerzas internas capaces de restaurar el capitalismo³. Pero en 1952, en el XIX

1 Félix Tchuev: Conversaciones con Molotov, Albin Michel, París, 1995 (traducción francesa de la edición rusa de 1991).

2 José Stalin: Informe al pleno del Comité Central y de la Comisión Central de Control del PC (b) de la URSS, 7 de enero de 1933, en J.Stalin: *Cuestiones del leninismo*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1977, pág.630.

3 José Stalin: *Sobre el proyecto de Constitución de la URSS*, en *lugar citado*, pp.808-811.

Congreso del PC (b), el último en vida de Stalin, el informe central trazó un cuadro patético del saqueo de la propiedad socialista, del uso de lo público para lo privado y de despotismo sobre el pueblo trabajador, que, aunque no lo analizaba en términos de clase, era de por sí revelador de que una parte del poder estaba en manos de una nueva burguesía⁴.

Los revisionistas habiendo capturado el poder, expresaron (y permitieron) el desborde de los elementos burgueses y su conversión en clase dominante, en burguesía burocrática monopolista. Esta clase restableció en forma original el capitalismo.

Los medios de producción siguieron en manos del Estado. En *la forma* continuaron estando en la misma situación que bajo la dictadura del proletariado. Pero cambió *el carácter de clase* del Estado soviético y, por consiguiente, también se modificaron las relaciones en que se hallaban las distintas clases y sectores sociales respecto de los medios de producción. Estos quedaron de hecho concentrados y centralizados en manos de una nueva burguesía, una exigua y todopoderosa minoría integrada básicamente por el cuerpo de altos jerarcas.

Como dice Marx en *El Capital*: “La misma base económica – la misma en cuanto a sus condiciones fundamentales – puede mostrar en su forma de manifestarse infinitas variaciones y gradaciones debido a distintas e innumerables circunstancias empíricas...variaciones y gradaciones que sólo pueden comprenderse mediante el análisis de estas circunstancias empíricamente dadas”⁵

La especificidad y las contradicciones de esta burguesía y del capitalismo monopolista estatal soviético se fueron revelando en un proceso. Y en determinadas circunstancias internas y externas, se agudizaron al máximo esas contradicciones; el llamado “socialismo real” tuvo que sincerarse tanto en lo político-ideológico como en lo económico y lo jurídico. No hubo que crear una “clase alta” para que el capitalismo funcionase en la Federación Rusa,

En el segundo tomo (pp.141-150) abordé el análisis de esa y otras tesis de Stalin.

4 Ver el segundo tomo, capítulo X.

5 Carlos Marx: *El Capital*, Edit. Cartago, Buenos Aires, 1957, tomo 3, pág. 671.

La situación real de los productores directos

El problema central para caracterizar científicamente el régimen soviético es el análisis de “la relación directa existente entre los propietarios de las condiciones de producción y los productores directos”, pues “nos revela el secreto más recóndito, la base oculta de toda la construcción social...”⁶ Al considerar a los propietarios no debemos ubicarnos en un terreno jurídico sino dilucidar cual era la situación efectiva de los miembros de la sociedad soviética frente a los medios de producción y en el proceso productivo.

Dado que en Rusia “las condiciones de producción” estaban concentradas en manos del Estado (y se definían jurídicamente como propiedad socialista de todo el pueblo – en lo tocante a la industria y a buena parte del agro – porque eran propiedad estatal), debemos examinar si el Estado (y el Partido) expresaban en sus decisiones sobre los medios de producción y el producto los intereses mediatos e inmediatos de los obreros y los campesinos trabajadores (“los productores directos”). Debemos *examinar* cual era la situación *real* de éstos en la producción, cuál su papel *efectivo* en la organización y dirección del proceso de trabajo y qué métodos de dirección se empleaban en este proceso. Y debemos considerar, especialmente, si los productores directos eran los que decidían, en definitiva, no formalmente sino en los hechos, respecto de los medios de producción y el producto.

En otras palabras, es preciso someter a un análisis riguroso un conjunto de cuestiones fundamentales: ¿en qué y para qué se hacían las inversiones? ¿Cómo era la distribución del producto social? ¿Quién decidía realmente? ¿Qué condiciones tenían los productores directos en el proceso de trabajo? ¿Cómo era la relación entre el campo y la ciudad y entre el trabajo manual y el trabajo intelectual?

El estudio de tales problemas conlleva un examen del carácter real del Estado soviético luego de que los revisionistas capturaron el poder. Como el Estado detentaba la casi totalidad de los medios de producción

6 Carlos Marx: *Idem*.

y del producto, develar su verdadera naturaleza social ayuda a desentrañar las relaciones de producción, al tiempo que esto último – a su vez – es la condición principal para caracterizar acertadamente ese Estado desde el punto de vista de clase.

Los propagandistas del régimen – a partir de las tesis formuladas en la década de 1970 por Brezhnev y los suyos – hablaban de “socialismo real” o “socialismo desarrollado”. Con ello insinuaban, sin decirlo abiertamente, que el “socialismo” existente en la Unión Soviética era el único posible y que la teoría de Marx, Engels y Lenin al respecto no es científica, sino una quimera. Afirmaban que el “socialismo real” ha creado una “sociedad de clases no explotadoras, fraternas...una estructura social de clases de un tipo completamente nuevo...”⁷. En otro punto abordaremos el análisis de estas definiciones que rompen con los principios básicos del marxismo. Aquí el objeto es estudiar las relaciones de producción existentes en la ex URSS. De este modo será posible identificar cual era el verdadero carácter de la relación entre las clases, si realmente era o no “fraterna” y de tipo “completamente nueva”. Y si lo que los dirigentes soviéticos representaban y defendían era de verdad una clase “no explotadora”.

Lenin decía, en 1920, que “para evitar que se restaure el poder de los capitalistas y de la burguesía...debemos impedir que unos individuos se enriquezcan a costa de los demás”⁸.

Los trabajadores soviéticos y de otros países de la órbita moscovita fueron dando indicios sobre el régimen social existente y lograron en una serie de casos romper el cerco impuesto por la represión, la censura y la formidable máquina de propaganda y desinformación establecida por la CIA rusa, es decir, por el KGB (Comité de Seguridad del Estado). Indudablemente la histórica lucha de la clase obrera y el pueblo polacos pusieron definitivamente al desnudo, a los ojos de todo el mundo, el sistema imperante en el imperio soviético.

7 *Revista Internacional*, órgano de información de los partidos “comunistas” pro-rusos, que se editaba mensualmente en Praga, en diversos idiomas y se reproducía en nuestro país. Nº 4, 1979, pág.36. Intervención del presidente de la conferencia teórica internacional sobre “la construcción del socialismo y del comunismo y el desarrollo mundial”, celebrada en diciembre de 1978, en Sofía, Alexander Lilov, miembro del Buró Político y del secretariado del Comité Central del Partido búlgaro.

8 Lenin: Obras Completas, Cartago, Buenos Aires, 1960, tomo 31, pag.280

En lo relativo a Rusia misma, antes citamos a título ilustrativo la heroica lucha de los obreros de Novochoerkask. Se conoció otro caso, el del obrero minero Klebanov⁹ que desde 1978 fue internado, en forma secreta en el hospital psiquiátrico especial de Dniepropetrovsk (el cual se hallaba bajo el control directo del ministerio del Interior) y quien fue sometido a las más crueles torturas psicológicas y físicas. Su delito consistió en crear el primer sindicato libre en la URSS y dirigirse junto con otros compañeros suyos a la Organización Internacional del Trabajo (OIT), para denunciar que “nosotros, cesantes soviéticos, hemos arribado a Moscú desde diversas ciudades y repúblicas del país, nos vemos obligados a pedirles, mediante el presente llamamiento, vuestra ayuda material y moral... Todos hemos sido despedidos de nuestro trabajo por haber denunciado abusos o por haber criticado abiertamente a los dirigentes de las empresas en las que trabajamos (por pillaje de los bienes materiales, por coimas, por falsificación de cifras, por perjuicios graves ocasionados a la producción, por violaciones groseras a la legislación laboral, etc). Todos nuestros esfuerzos por obtener justicia de las autoridades resultaron vanos. Hemos decidido unirnos... Hemos decidido organizar nuestro sindicato, verdaderamente independiente, para ejercer nuestros derechos a defender, en el plano oficial y jurídico, nuestros intereses, asociando a todos aquellos que lo deseen y cuyos derechos son injustamente pisoteados”. Primero Klebanov fue despedido de su trabajo y luego fue internado en una clínica psiquiátrica.

¿Qué puede inferirse de esos casos? Que para los trabajadores soviéticos, el carácter social de su producción tomó la forma de una autoridad que no respondía ante ellos sino ante sí misma, autoridad estrictamente reguladora, y la forma de un mecanismo del proceso de trabajo organizado como una jerarquía completa y rígida. Y tal autoridad sólo la detentaban quienes personificaban las condiciones de trabajo frente a los productores directos, y la ostentaban en tanto y en cuanto eran titulares del poder político y administrativo.

9 Véase el llamamiento al respecto publicado por la Comisión Ejecutiva de la Federación de Mineros de Perú, la C.E de los mineros de la CGT – Fuerza Obrera (Francia), W. Salecki (cofundador del comité provisional de los sindicatos libres de Katowice, Polonia) y el Secretario General de los sindicatos mineros de Asturias (UGT, España). Reproducido en *L'Alternative*, enero-febrero 1981, pág.62

En cambio, las cosas eran esencialmente diferentes cuando la Unión Soviética era socialista. Esto debieron reconocerlo hasta algunos conocidos propulsores de la *perestroika*. “En los años veinte y treinta – escribió Mijail Afanásiev – crecía invariablemente el número de obreros en los soviets urbanos, regionales y centrales. Es sabido que precisamente en la divisoria de los años 20 y 30 la labor de la Inspección Obrera y Campesina era sobre todo enérgica y variada; se atraía a una masa de activistas, se realizaban inspecciones inesperadas, se formaban tribunales obreros contra los burócratas, las colectividades obreras patrocinaban las instituciones estatales. Los obreros tomaron parte activa en la depuración del aparato estatal en 1929-32. Al mismo tiempo, tenía lugar la ‘promoción’ de los obreros de la producción para trabajar en el aparato del Estado. El XVI Congreso del PC (b) de la URSS aprobó la práctica de ‘simultaneidad socialista’, es decir, cuando los obreros simultaneaban el trabajo en el aparato con el cumplimiento de sus obligaciones en la producción”¹⁰.

Polonia: el “socialismo real” al desnudo.

El caso de Polonia mostró a las claras las reales relaciones sociales existentes en esos países del “socialismo real”. Los acuerdos de Gdansk, firmados el 3 de agosto de 1980 entre los obreros del Astillero y el Estado polaco mostraron a los ojos de millones que, de un lado, estaban los representantes de los huelguistas, y, del otro, los delegados de quien detentaba realmente el control de la industria polaca, de su propietario colectivo, representado por el Buró Político del Partido “Obrero” Unificado Polaco, en el poder. (Los acuerdos fueron enterrados el 13 de diciembre de 1981 mediante el golpe de Estado militar fascista impulsado por Moscú y ejecutado por Jaruzelski.)

Se llegó a eso como resultante de un proceso sumamente complejo y prolongado. En 1956 los trabajadores polacos se habían movilizado masivamente y protagonizaron un gran debate político. Se sucedían las asambleas en los lugares de trabajo y en las calles. Las manifestacio-

10 Mijail Afanásiev: *El triunfo y la crisis de la burocracia*, Editorial Progreso, Moscú, 1991, pág.194.

nes obreras y populares pasaron a ser un fenómeno cotidiano durante meses. Se establecieron consejos obreros en las empresas por imperio de la voluntad y la fuerza de la masa. Durante 1956-59 el proletariado confiaba en que los consejos obreros serian un buen medio para el ejercicio efectivo de sus derechos como dueño de la economía y como fuerza social dirigente del Estado. Y pensaba que dichos consejos servirían para ayudar a la supresión de los males económicos del país. Los obreros estaban convencidos, por tanto, que era posible una reforma profunda dirigida a poner fin al burocratismo, a la violación de la democracia socialista y al uso de lo público para lo privado por parte de un sector ideológicamente degenerado de la dirigencia partidaria y estatal. Es así que no se planteó entonces la construcción de sindicatos libres. Y en cuanto al derecho de huelga fue reivindicado débilmente y sólo como recurso último frente a los abusos de los burócratas. Pero la hegemonía de los revisionistas en la dirección del Partido y del Estado, y su subordinación a Moscú, frustraron las esperanzas de la clase obrera. Gomulka y los suyos maniobraron para vaciar de contenido a los consejos obreros, transformándolos en entes decorativos, que se limitaban a confirmar las decisiones de los jefes. Hasta que cambió el nombre mismo de esos órganos impuestos por los trabajadores durante el ascenso de masas de 1956.

En 1970 se produjo la lucha en Gdansk y la masacre de obreros. Cayó Gomulka y subió al poder Gierek. Brezhnev y los suyos habían acuñado en ese entonces la teoría del “socialismo real”.

Este significaba que la población debía trabajar duro y producir cada vez más, mientras que el cuerpo de altos jefes se enriquecía a costa de los trabajadores de la ciudad y el campo. Las reuniones, conferencias y congresos tenían un único tema obsesivo, la productividad del trabajo. No se debatía sobre las relaciones de producción. No se preocupaban por las relaciones entre los trabajadores/as en el proceso productivo. Ello era una expresión de que los productos se habían convertido en un poder independiente frente a los productores directos, de que las condiciones de producción dominaban sobre el productor.

Frente al creciente descontento de los obreros se les respondía: “no hagan huelgas porque es contra sus intereses, ya que son los dueños de

las empresas, de los comercios, de los bancos, etc”. Pero los trabajadores sentían y sabían que eso era falso. En Polonia la masa estalló en 1980: “necesitamos pan, libertad y justicia”. “Los obreros aceptaríamos trabajar por un plato de sopa, si sabemos que trabajamos para nosotros”, “estamos hartos de mentiras”.

En Rusia no se publicaron los acuerdos de Gdansk. Los medios de comunicación mencionaban a *Solidaridad* como “antisocialista”. No explicitaban que los sindicatos nuevos eran independientes del Partido, del Estado y de los directores de los establecimientos.

Los representantes de *Solidaridad* enfatizaban: “Durante 35 años se nos dijo que la clase obrera estaba en el timón del país. Si debe manejar el timón debe conocer los datos concretos. Yo quisiera, por ejemplo, conocer cuánto es nuestra producción de carbón y cuánto se exporta. Nada más que un ejemplo”¹¹.

Los hechos revelaron que las fuerzas productivas sociales del trabajo en la ex URSS y sus países satélites eran un poder separado e independiente del obrero, productor directo, un poder situado frente a éste y en contraposición con el propio desarrollo de éste¹². Y evidenciaron que no es sustancial la diferencia entre una apropiación de los frutos del trabajo de los productores directos por parte de propietarios privados de los medios de producción y una similar apropiación por parte de un cuerpo de altos jerarcas que detentan el poder político y económico.

La explotación de los trabajadores

Según datos oficiales soviéticos, anunciados en el XXV Congreso del Partido, durante el noveno Plan Quinquenal (1971-75) el Estado obtuvo 500.000 millones de rublos de beneficios. Esto significaba un 50% más que en el quinquenio anterior (Octavo Plan Quinquenal 1966-71).

El plusproducto creado por los obreros, siempre según datos oficiales, se había casi duplicado entre 1963 y 1969. Así, por cada rublo de

11 *Polonia: una lucha inédita*, Editorial Ágora, Buenos Aires, 1981, pág. 202.

12 Marx dice, refiriéndose al régimen de producción de la época capitalista, que éste es la “forma específica de desarrollo de las fuerzas productivas sociales del trabajo, consideradas como fuerzas del capital sustentadas frente al obrero., por tanto, en contraposición con el propio desarrollo de éste” (*El Capital*, edic.cit.,t.3, pp.741-42).

salario, los beneficios habían trepado durante dicho período de 0,98 rublos a 1,76¹³. Según un estudio de Ota Sik – quien fuera ministro de economía de Checoslovaquia hasta la invasión rusa de 1968 -, basado en estadísticas de las Naciones Unidas del período 1963-67, la participación de salarios y sueldos en el valor agregado – en la industria de transformación – era del 29% en la ex URSS frente al 40,7% en Alemania Federal, el 50,7% en EEUU y el 34,1% en Japón. Y la tasa de plusvalía - es decir el nuevo valor creado por los obreros sobre el monto de los salarios a ellos abonado – era del 243% para la URSS, del 145,4% para Alemania Federal, del 96,8% para EEUU y del 193,4% para Japón¹⁴.

En el Informe de Brezhnev al XXVI Congreso del Partido, celebrado en 1981, se dijo que durante la década transcurrida la productividad del trabajo se elevó en casi un 50%¹⁵. Mientras que otra referencia indicaba que el promedio del salario mensual fue en 1980 de 168 rublos, lo que representaba casi un 40% más que en 1970¹⁶. Pero también habían aumentado considerablemente los precios. Por tanto las cifras citadas por Brezhnev no daban cuenta de la situación del salario real, sino que se limitaban al salario nominal. Así y todo, se desprendía que a un aumento del 50% en la productividad no había correspondido una elevación similar en los salarios nominales mismos, sino que la suba de éstos era menor en un 20% al ascenso del rendimiento del trabajo. Esto significaba que había seguido incrementándose el plusproducto creado por los trabajadores respecto del monto invertido en salarios. La tasa ya era sumamente alta en los años '60, como surge de los datos antes mencionados. Trepó más alto aún en el curso de la década de 1970 y de 1980.

La acumulación creciente de beneficios y el incremento de la proporción del plusproducto respecto del fondo de salarios *descansaba sobre un precio de la fuerza de trabajo (salario) por debajo de su valor*. Recordemos que Marx define el valor de la fuerza de trabajo como el valor de los medios de vida necesarios para asegurar la subsistencia

13 *Reforma Económica*, texto colectivo de economistas soviéticos, Edit. Del Progreso, Moscú, 1974, pág.265 (en francés).

14 Ota Sik: *La tercera vía*, Fondo de Cultura Económica, México, 1977, pp.251-252.

15 Informe de Brezhnev al XXVI Congreso del Partido, en *Novedades de la Unión Soviética*, mayo de 1981, pág.26.

16 *Ídem*, pág.27.

y reproducción de su poseedor (el obrero), considerando que además de los elementos puramente físicos, en la determinación del valor de la fuerza de trabajo también entra la satisfacción de ciertas necesidades que brotan de las condiciones sociales en que viven y se educan los hombres.

Fuentes oficiales soviéticas, como la revista especializada *Planovoe Jozastvo* (La economía planificada), se veían forzadas a reconocer que “los costos del trabajo están subvaluados, lo que acrece de una manera injustificada los beneficios de la empresa”¹⁷.

Podría aducirse que este estado de cosas no se diferencia del existente antes ya que la industrialización soviética fue posible, entre otras cosas, gracias a los bajos salarios.

Es ampliamente conocido y comprobado que durante las décadas de 1930 y de 1940, la intensidad del trabajo y los heroicos sacrificios efectuados por las masas obreras y campesinas para edificar el socialismo, a costa de indecibles privaciones y de postergar la satisfacción de algunas necesidades básicas permitieron acumular los recursos necesarios para una rápida y gran industrialización de la URSS, lo que fue una de las condiciones para asegurar su defensa contra la agresión nazi y las acechanzas de los otros imperialismos. Esa situación no sólo fue aceptada conscientemente por los trabajadores, sino que todo el mundo asistió con asombro y admiración a las hazañas productivas de los primeros planes quinquenales, que rompían con las normas consagradas por la práctica del capitalismo en cuanto a plazos para levantar industrias y a ritmos de incrementos de la producción. Dichas hazañas fueron obra, principalmente, del entusiasmo revolucionario y de la capacidad creadora de las amplias masas movilizadas tras el objetivo de edificar una poderosa economía socialista moderna. Las masas desplegaron así su gigantesca energía revolucionaria, pues, pese a todas las limitaciones y errores de entonces, los objetivos planteados correspondían a sus intereses de clase a largo plazo, al tiempo que poco a poco fueron también mejorando sus condiciones de vida. (Ver en el Tomo 1, el salto cualitativo en los años 30 en las condiciones de vida. Un proceso inverso al producido con la restauración capitalista.)

Luego de restaurar su economía en la postguerra, la URSS se convirtió en la segunda potencia económica y militar del mundo. Además cambió sus-

17 N°3, 1975, pág.49. Citado por Basile Kerblay: *La sociedad soviética contemporánea*, Armand Colin, París, 1977, pág.183 (en francés).

tancialmente el contexto internacional. En una serie de países triunfaron revoluciones socialistas. Las revoluciones de liberación nacional provocaron el derrumbe del sistema colonial del imperialismo.

En tales condiciones cambió totalmente el significado de clase de la acumulación creciente de trabajo excedente a costa de mantener los salarios por debajo del valor de la fuerza de trabajo. Más aún y sobre todo, cambió el destino de los recursos así acumulados.

No es casual, por consiguiente, que en la segunda mitad del siglo pasado, aunque hubo hasta la década del 80 algún mejoramiento del nivel de vida, sin embargo, *varió radicalmente la actitud de los obreros ante el trabajo*. No hallaron eco los constantes llamados de la cúpula a la “disciplina” y a la “emulación socialista”. Las propias publicaciones oficiales de la ex URSS permiten inferir el cambio esencial que se había producido en la actitud de los trabajadores. *Pasaron a serles indiferentes los resultados de la producción*. A semejanza de lo que ocurre en las sociedades basadas en la explotación del hombre por el hombre, para los obreros soviéticos el trabajo ya no constituía un motivo de alegría ni de orgullo, sino que era, como antes de la Revolución, un mal al que estaban condenados para asegurar su subsistencia. Esto derivaba de su situación real en la producción y en el conjunto de la vida social.

La clase obrera soviética fue advirtiendo, de hecho, que para el cuerpo de altos jerarcas el único sentido de la “disciplina y la organización socialista del trabajo” era mantener el precio de la fuerza de trabajo por debajo de su valor, mientras que los enormes beneficios no volvían ni a largo ni a corto plazo a la sociedad, a los productores directos. Sólo recibía algunas migajas un puñado de obreros, una reducida capa que conformaba una “aristocracia obrera”.

Según fuentes de la oposición, el verdadero salario medio era sensiblemente inferior a los 168 rublos que consignó Brezhnev en su informe al XXVI Congreso del Partido. No alcanzaría a los 100 rublos. Pero como las estadísticas al respecto eran consideradas secretas resultaba imposible llegar a una cifra precisa respecto del salario real de los trabajadores soviéticos¹⁸

El capitalismo fuerza, mediante los bajos salarios, el ingreso de la mujer en la producción, aunque con ello crea, al mismo tiempo, con independencia de sus intenciones, la principal premisa material para la li-

18 Michael Voslensky: *La nomenclatura – Los privilegiados en la URSS*, P. Belfond, París, 1980, pág.190 (hay edición en español).

beración social y política de la mujer. Pero este efecto no deseado (por el capitalismo) no altera el significado real que tiene en el mecanismo de la producción capitalista el trabajo femenino, como recurso dirigido a incrementar la plusvalía, rebajando el precio de la fuerza de trabajo por debajo de su valor. Como analizó Marx en *El Capital*, la gran producción maquinizada capitalista, “al lanzar al mercado del trabajo a todos los individuos de la familia obrera, distribuye entre toda su familia el valor de la fuerza de trabajo de su jefe. Lo que hace, por tanto, es *depreciar* la fuerza de trabajo del individuo”¹⁹.

En las condiciones soviéticas posteriores a la restauración, con el precio de la fuerza de trabajo mantenido por debajo de su valor en función de acrecentar los beneficios, que no volvían – ni a largo ni a mediano plazo – a los productores directos, debe reexaminarse el principal significado económico-social del trabajo femenino masivo. Por otra parte, en el conjunto de las relaciones sociales, la mujer trabajadora continuó soportando las pesadas labores domésticas y cargando con el mayor peso de las dificultades originadas por la falta de vacantes en guarderías y jardines de infantes. Un estudio efectuado en Leningrado en la década de 1970 (hoy San Petersburgo) demostró que muchas mujeres realizaban una jornada laboral de hasta 70 horas semanales, pues a las 40 horas en su ocupación profesional se le agregaban otras 30 de labores domésticas. Pese a que la ex URSS ocupaba el primer lugar en el mundo por la tecnología en varias ramas productivas, los artículos para el hogar eran muy malos. Los lavarropas, las heladeras y las aspiradoras funcionaban defectuosamente y la mayor parte del tiempo permanecían parados hasta que se los reparase, cosa muy difícil por la falta de piezas de repuesto. En el campo, la jornada total efectiva de la mujer trabajadora era aun más prolongada y penosa. Desde luego, no se trataba de retroceder y preconizar que las mujeres debieran salir de la producción, Sino del hecho evidente que en la sociedad capitalista, y ésta lo era, la mujer trabajadora sufre una doble opresión.

¹⁹ *Edic. cit.*, tomo 1, pág.317.

Condiciones de vida

En suma, un elemento clave de las reales relaciones de producción estaba dado por un creciente producto excedente, por un lado, y, por el otro, por un precio de la fuerza de trabajo constantemente por debajo de su valor.

Si se tratara de un régimen socialista semejante incremento en el plusproducto debería volver al conjunto de la sociedad en lo mediato y también en lo inmediato. En cuanto a lo primero, lo fundamental debería ir manifestándose en una mejora de las condiciones de trabajo y en la disminución de la jornada laboral. Al crecer los medios materiales de la sociedad, si realmente fuesen los intereses de los trabajadores de la ciudad y del campo, los intereses de los productores directos, los que dictaran la proporción de la acumulación respecto del consumo y el uso de los recursos acumulados; si realmente los intereses de los trabajadores fueran los que estuviesen en la base de las decisiones sobre las inversiones a mediano y largo plazo, el mayor plusproducto se hubiera vinculado con una limitación del tiempo consagrado al trabajo material en general, ampliándose a los productores directos las posibilidades de un desarrollo pleno y multifacético de sus potencialidades en todos los terrenos de la vida social²⁰.

20 “El reino de la libertad – escribe Marx – sólo empieza allí donde termina el trabajo impuesto por la necesidad y por la coacción de los fines externos; queda, pues, conforme a la naturaleza de la cosa, más allá de la órbita de la verdadera producción material. Así como el salvaje tiene que luchar con la naturaleza para satisfacer sus necesidades, para encontrar el sustento de su vida y reproducirla, el hombre civilizado tienen que hacer lo mismo, bajo todas las formas sociales y bajo todos los sistemas de producción. A medida que se desarrolla, desarrollándose con él sus necesidades, se extiende este reino de la necesidad natural, pero al mismo tiempo se extienden también las fuerzas productivas que satisfacen aquellas necesidades. La libertad, en este terreno, sólo puede consistir en que el hombre socializado, los productores asociados, regulen racionalmente este su intercambio de materias con la naturaleza, lo pongan bajo su control común en vez de dejarse dominar por él como por un poder ciego, y lo lleven a cabo con el menor gasto posible de fuerzas y en las condiciones más adecuadas y más dignas de su naturaleza humana. Pero, con todo ello, siempre seguirá siendo éste un reino de la necesidad. Al otro lado de sus fronteras comienza el despliegue de las fuerzas humanas que se considera como fin en sí, el verdadero reino de la libertad, que sin embargo sólo puede florecer tomando como base aquel reino de la necesidad. La condición fundamental para ello es la reducción de la jornada de trabajo” (*El Capital*, edic. cit., t. 3, pág. 695).

Decimos que la reducción del tiempo destinado al trabajo material *amplía* las posibilidades de una expansión plena y multilateral de los individuos, considerando que en una sociedad socialista el trabajo material de por sí no debe significar una anulación o mutilación de la potencialidad creadora del trabajador, sino, al contrario, debe convertirse en el ámbito principal donde ella pueda desplegarse.

En 1952, en su obra *Problemas económicos del socialismo en la URSS*, Stalin, poco antes de su muerte, planteaba como tarea próxima en su país y como uno de los requisitos fundamentales para avanzar hacia el comunismo, la disminución a seis horas de la jornada laboral. Incluso luego de la captura del poder por los revisionistas, en el primer período, mantuvieron formalmente la formulación de ese objetivo y se lo estampó en varios documentos oficiales del Partido. Pero, como veremos enseguida, lejos de haber ocurrido esto, en los decenios siguientes los trabajadores urbanos se vieron obligados a prolongar la jornada y a trabajar en días feriados, padecían condiciones pésimas de labor, debían añadir varias horas diarias para las colas para comprar provisiones. A propósito, el tener o no que hacer cola para las provisiones y en general para todo tipo de compras, era una de las manifestaciones del carácter de clase de la sociedad soviética.

Más de la mitad de los obreros industriales realizaba aún tareas puramente manuales.

En el campo, la situación era doblemente grave. La mayoría de los campesinos trabajadores debían adicionar a las jornadas de trabajo en las tierras de la cooperativa o de la granja estatal, varias horas diarias en su parcela individual, siendo las mujeres aún más castigadas porque también cargaban con las pesadas labores domésticas (en condiciones en que en muchos casos no había agua corriente ni baños instalados). También muchos trabajadores urbanos se vieron obligados a dedicar considerable tiempo fuera de su jornada laboral a trabajar en parcelas lindantes con la ciudad en la que habitaban para obtener verduras y otros alimentos.

Dada su poderosa base industrial y su potencial defensivo harto suficiente, si los crecientes beneficios obtenidos hubieran vuelto efectivamente a la sociedad, en la ex Unión Soviética deberían haberse resuelto integralmente problemas claves como la vivienda, la salud, la educación,

el abastecimiento en cantidad y calidad a la población, el acceso masivo a la recreación y a las representaciones artísticas. A veces “en confianza” los propagandistas de Moscú alegaban que debido a la gran “ayuda internacionalista” a los demás pueblos, la URSS aún no había podido brindar a su población el nivel de vida que merecía. Pero esto no era cierto, como veremos en detalle en otro capítulo.

Como tampoco lo era que las necesidades de la defensa obligasen a destinar tan enormes y crecientes inversiones para fines bélicos como las que fue haciendo el gobierno. La defensa estaba más que cubierta. En realidad lo que se hacía era incrementar la cantidad y la calidad del arsenal estratégico y táctico *ofensivo*, así como el despliegue y cada vez mayor de efectivos y pertrechos fuera de sus fronteras para los objetivos imperialistas de la nueva burguesía rusa.

El destino de las inversiones

En el programa aprobado en el XXII Congreso del Partido, efectuado en 1961, se establecieron una serie de metas relacionadas directamente con el bienestar del pueblo y con las condiciones de vida y de trabajo. La camarilla revisionista de Jruschiov-Brezhnev las presentó como si su realización representase de por sí el paso al comunismo, reduciendo a éste a la manera burguesa, a un plato más abundante.

Pero, además de falsificar la esencia del avance a la sociedad sin clases, para el tema que nos ocupa en este punto, el destino de las inversiones, es importante detenernos en lo prometido y cuál fue el resultado.

Es importante, porque, en primer lugar, esas promesas tenían relación con necesidades reales y vitales de los trabajadores. En segundo lugar, porque si se plantearon dichas metas, aun admitiendo una cuota de error de carácter subjetivo en la apreciación de las posibilidades materiales efectivas, había condiciones básicas para trazar ese plan que modificaba *sustancialmente* la situación de los productores directos.

El examen de los resultados plantea el interrogante de qué intereses condujeron a que lo principal quedara sin cumplirse, muy lejos de las metas, mientras que en el mismo lapso se militarizó al máximo la economía y toda la vida soviética, y aumentó en decenas de veces la fabrica-

ción de automóviles y otros artículos destinados a satisfacer la demanda de los sectores privilegiados.

“Ha aumentado extraordinariamente la producción y venta de automóviles de turismo”²¹ se ufanaba Andrei Kirilenko, entonces uno de los máximos dirigentes. Pero el costo de un vehículo representaba el salario promedio de 3,5 años de un obrero. Es decir, que el automóvil era inaccesible para la inmensa mayoría de los trabajadores. La población carecía de productos de primera necesidad pero el Estado se empeñaba en asegurar una creciente producción de coches privados. En cambio, a fines de la década del 50 aún se discutía en la ex URSS que era incompatible con una sociedad socialista destinar ingentes recursos para que cada familia tuviese su auto, ya que sólo se usaría un día o dos por semana. Por tanto, se decía, lo más justo era asegurar que cada ciudadano pudiera alquilar un auto y disponer de él cuando lo necesitase o lo deseara.

En el plan septenal (1959-65) Jruschiov había prometido construir 90 millones de metros cuadrados de viviendas por año. Pero se cumplió en un 80%. Este déficit y el masivo éxodo rural que aumentó la población urbana en una proporción inesperada, agudizaron el problema de la vivienda. Las nuevas construcciones tan ruidosamente publicitadas, en realidad sirvieron principalmente para paliar las necesidades provocadas por el incremento de la población urbana, sin llegar a la resolución efectiva del grave problema de la vivienda.

El programa aprobado en el XXII Congreso había establecido que hasta 1970 se terminaría con la escasez de viviendas y que durante la década del 70 pasarían a ser gratuitas. Sin siquiera molestarse en dar alguna explicación por el total incumplimiento de tales promesas, la cúpula formuló para el 9º plan quinquenal (1971-75) nuevos objetivos que hablaban por sí mismos respecto de la gravedad de la situación habitacional: 1) “mejorar las condiciones de vivienda de 60 millones de personas”; 2) “la inmensa mayoría” de las ciudades y poblados dispondrían en 1975 de un servicio centralizado de agua potable; 3) el 65-75% de las viviendas urbanas y el 40-50 % de las rurales tendrían gas en 1975. No resulta claro de las publicaciones oficiales de ese tiempo cuál fue el grado

21 *Revista Internacional*, N° 9, 1980, pág. 8.

de cumplimiento que tuvieron dichas metas y qué avances se lograron en el camino de resolver efectivamente los problemas de la vivienda, del agua potable, de las instalaciones sanitarias y del gas para el conjunto de la población urbana y rural. Pero existen numerosos testimonios indicativos de que en lo esencial subsistieron los problemas, al tiempo que se fue multiplicando la construcción de lujo tanto para habitar permanentemente como para residencias de fin de semana o de temporada de vacaciones que, claro está, respondían a requerimientos de la minoría privilegiada.

En relación con esto último, el luchador antisocialfascista Andrei Sajárov (perseguido por el régimen sobre todo por su enérgica oposición a la invasión a Afganistán y a la intervención en Polonia), en su libro *Mi país y el mundo*, se refirió a las operaciones inmobiliarias cuyo efecto era expulsar del centro de Moscú a los ciudadanos comunes para construir, en el lugar de las viejas viviendas, edificios de lujo para una elite cuidadosamente seleccionada. La denominada construcción en cooperativa se basaba en los aportes financieros de los suscriptores, lo que dio lugar a la formación de zonas habitadas por gente de una misma categoría social. El precio del metro cuadrado de construcción en el centro de Moscú era de 960 rublos²², mientras que en ese momento el salario promedio llegaba a 160 rublos, el mínimo a 70 y sólo el 32% de las familias tenía un ingreso mensual superior a los 100 rublos por miembro.

Otras fuentes opositoras consignaban que el ciudadano soviético disponía de una superficie habitable *promedio* inferior a 7 metros cuadrados²³. Es público y notorio que la minoría privilegiada habitaba entonces (como ahora) en inmuebles de numerosos y espaciosos ambientes, además de disponer de grandes chalets (dachas). El pueblo bautizó al barrio de Moscú donde se levantaron los inmuebles para los funcionarios del Comité Central de manera muy gráfica, pues los llamó *tsarskoye sieło*, que es el nombre de la residencia imperial de los zares en las cercanías de San Petersburgo (ex Leningrado).

Hemos mencionado la construcción en cooperativa, es decir, la edificación realizada no por el Estado en función de las necesidades glo-

²² *Le Monde*, 8-9-1979.

²³ M. Voslenski, *ob.cit.*, pág.240.

bales de la población, sino la que llevaban a cabo desde los tiempos de Brezhnev particulares que podían aportar fondos y se agrupaban para levantar edificios. Como la tierra en la ex URSS no podía ser objeto de compraventa, para construir era preciso obtener de parte del soviet de distrito el otorgamiento de un terreno. Pero la reglamentación para ello, estrictamente observada, preveía que la construcción sólo podía hacerse con fondos “provenientes de los ingresos laborales”²⁴. Lo cual excluía de hecho, por lo menos, a más de dos tercios de las familias.

En el caso de las dachas, si se tiene en cuenta que en los alrededores de Moscú, por ejemplo, se necesitaban de 10 a 12 mil rublos para adquirir una está claro que un trabajador común no podía obtener el permiso y terreno ya que dicha cifra representaba de 6 a 10 años de su salario.

Así puede decirse que la posesión de una dacha era otra de las manifestaciones de la sociedad soviética entonces. Las capas privilegiadas, particularmente los intelectuales de nota, eran los beneficiarios. En cuando al cuerpo de altos jefes políticos, económicos y militares, no necesitaban ninguna adquisición para disponer de lujosas residencias de fin de semana y de vacaciones. Cada uno de ellos, y en consonancia con su ubicación en la jerarquía, recibía una dacha “llave en mano” sin necesidad de desembolsar ni un centavo. La dacha seguía siendo propiedad estatal – “de todo el pueblo” pero disponible sólo para una ínfima minoría – y era puesta a disposición del jefe y de toda su familia por todo el verano. En invierno, ese jefe partía de su oficina el viernes para ir a la “casa de reposo” del CC, donde lo esperaba un departamento confortablemente equipado, que podía compartir con su familia y hasta con amigos²⁵. Cuando llegaba la edad de jubilarse, el jefe recibía en posesión un terreno de una hectárea, mientras que el ciudadano común tenía el derecho de acceder a una superficie *12 veces y media menor*. En cuanto a los miembros militares de la alta jerarquía entraban en lo que se denominaba “grupo del paraíso” del ministerio de Defensa: conservaban todos los privilegios atribuidos a su anterior función²⁶.

24 *Ídem*, pág.241.

25 *Ibidem*.

26 *Ibidem*, pág.259.

En Moscú se publicaba entonces un periódico especial de anuncios, el *Boletín para el cambio de viviendas* que semanalmente fue multiplicando su número de páginas. El cambio privado de pisos se convirtió en un tráfico comercial. Se pagaban cientos de rublos bajo cuerda por cada metro cuadrado de diferencia en una permuta de departamentos. “Tras previo acuerdo” especificaba la fórmula encubridora en los avisos, pues a su término la negociación debía recibir la autorización oficial. Existían toda suerte de carteles fijados en paredes, postes, o directamente portados por personas en las calles, con avisos sobre permutas, en lugares especialmente destinados a tales efectos. Además, estaban las transacciones de realquiler de habitaciones estatales.

Cabe agregar que las cooperativas de construcción les exigían a los participantes el depósito del 40% del total del costo de la vivienda. Esto suponía para un inmueble medio de tres habitaciones una suma de seis mil rublos²⁷.

No sólo la construcción de viviendas lujosas constituía una inversión constante, también lo era la fabricación de autos y se destinaban también fondos para fabricar artículos de lujo. Así los privilegiados del régimen acudían discretamente al mismo barrio moscovita donde antaño consumía la “buena sociedad” para adquirir los símbolos de su prosperidad y su “cultura”. En ese mismo barrio de Arbat, los nuevos ricos visitaban las denominadas tiendas a comisión, estatales, para adquirir joyas valiosas, piedras preciosas y otros artículos por el estilo²⁸.

Al contar el país ya a fines de la década de 1940 con una poderosa base industrial y con suficientes medios de defensa, habiendo reconstruido la economía en los primeros años de posguerra, en caso de que la acumulación y las inversiones se hubieran efectuado de acuerdo a los intereses mediatos (e inmediatos) de los productores directos – los trabajadores de la ciudad y del campo – ello debería haberse manifestado (tomando un período prolongado, digamos las últimas décadas del siglo XX), en una limitación de la jornada laboral y en la mejora sustancial de las condiciones de trabajo y de vida. Sin embargo, en cuanto a esto último, una condición

27 Christian Schmidt-Häuer: *Los rusos de hoy – Cómo son y cómo viven*, Planeta, Barcelona, 1981, pp.41 y 45.

28 *Ídem*, pá.138.

básica, la vivienda, no fue resuelta, mientras que una minoría privilegiada dispuso al respecto del espacio y del lujo. En lo referente a la alimentación, vestimenta, recreación, artículos para el hogar y otros rubros de consumo, la situación era sumamente grave para la inmensa mayoría, como se vio obligada a confesarlo la propia cúspide.

Prolongación de la jornada de trabajo

En el XXII Congreso se prometió reducir la jornada laboral a 35 horas semanales en 1970 y multiplicar el salario real. En cambio, la jornada oficial en los años 80 era oficialmente de 41 horas y para la gran mayoría de los soviéticos era más prolongada pues se veían forzados a trabajar “horas suplementarias”. Además se generalizó la doble ocupación. A todo lo cual se sumaba el tiempo que se perdía en las colas para adquirir productos de primera necesidad.

La legislación soviética entonces admitía “trabajos suplementarios con doble remuneración”. Teóricamente sólo se permitían cuatro horas más cada dos días seguidos de labor. Pero esto se violaba en la práctica.

Al mismo tiempo se aumentaron las penalidades con que se castigaba a los trabajadores que infringieran “la disciplina laboral”. En el nuevo ordenamiento jurídico sancionado en 1965 – cuerpo legal de la reforma económica – se otorgó a “la empresa” el derecho a organizar el trabajo y establecer las normas de producción con el fin de obtener un rendimiento elevado. Se especificó que el régimen de trabajo es *obligatorio* para todos los que trabajaban en la empresa (artículo 34). Y se otorgó también al director el derecho a despedir o sancionar a los obreros (artículo 90)²⁹. La situación creada por esas normas y por la arbitrariedad con que eran aplicadas por los directores, forzó a Brezhnev mismo a dedicar un párrafo en su informe al XXIV Congreso del Partido (1971): “Nadie ignora - dijo -...que en nuestro país existen aún empresas en las que se trabaja por sistemas de horas extras, donde se priva a la gente de días feriados sin necesidad justificada; en algunos sitios está mal organizada la técnica de seguridad”³⁰.

29 Véase el texto completo de la ley de la empresa aprobada en 1965 en : *URSS: la actual reforma económica*, Juárez editor, Buenos Aires, 1968.

30 L. Brezhnev: *Informe al XXIV Congreso del Partido*, Agencia de Prensa Novosti (APN),

Esta afirmación revelaba a la vez una hipocresía total. Porque en la citada ley se había establecido que la empresa tenía el derecho a determinar distintos tipos de remuneración del trabajo, entre ellos el denominado “por tiempo” o “por contrato” y se consignó la existencia de una categoría de *trabajadores “sin jornada limitada”* (artículo 81). Luego de lo dicho por Brezhnev nuevas normas jurídicas revelaron oficialmente – sin quererlo, claro está – que regía el derecho a admitir la *simultaneidad de empleos*³¹. Es decir, que aún en el propio plano jurídico, lejos de mejorarse la situación de los trabajadores, se establecieron normas destinadas a legalizar su mayor explotación.

La situación real resultaba mucho más sombría. Según las reglamentaciones, las horas extras se autorizaban únicamente en casos excepcionales y no debían sobrepasar las 120 horas anuales por obrero. En la práctica sucedía lo siguiente: en los diez primeros días del mes el trabajo se desarrollaba a un ritmo lento debido a los retrasos en el suministro de insumos. Incluso a veces se interrumpía la producción por cierto tiempo. Aunque la ley estipulaba que toda interrupción forzosa de la labor que sobrepasase los 30 minutos debía ser pagada, los obreros no cobraban por el tiempo perdido, pese a que las causas eran ajenas a su responsabilidad. Los últimos días del mes el director recurría a la *sturmovchina* (tormenta). Consistía en una aceleración brusca y brutal del ritmo de trabajo y la prolongación de la jornada. Indispensable para cumplir las metas establecidas por el plan. Los obreros se veían obligados a trabajar en días que les tocaba franco y en horarios destinados a comer. Había equipos forzados a trabajar siete horas más por encima del horario normal, sin que ello fuera considerado oficialmente como horas extras. De este modo se daba una falsa imagen del tiempo necesario para fabricar un determinado artículo. Una encuesta efectuada por el órgano de los sindicatos oficiales, *Trud* (El Trabajo), en agosto de 1967, en la región de Galitzia, reveló que la producción de los últimos diez días del mes frecuentemente sobrepasaba en cuatro veces los índices obtenidos en los primeros diez días³².

Moscú, 1971, pág.142 (en español).

31 *Reglamentación de los derechos del comité sindical de fábrica, empresa o institución*, APN, Moscú, 1971, artículo 14 (en español).

32 Datos extraídos del estudio sobre reglamentación del trabajo en la URSS publicado en *El Correo de los países del Este*, mensuario de informaciones económico-sociales editado

Durante la década del 70 semejante estado de cosas se fue agravando. Por ejemplo, una de las mejores trabajadoras de una empresa de fabricación de maquinaria agrícola en Krasnoyarsk, se quejaba en 1978, en carta publicada en *Trud*: “Durante el día vamos de un lado para otro y empezamos a trabajar casi a la hora de terminar. A principio de semana, a comienzo de cada mes, podemos dormir, pero...nos vemos obligados a cumplir el plan del trabajo del mes en 18 días. En agosto y setiembre, trabajamos bien; en octubre y noviembre estábamos totalmente agotadas... Bastan los dedos de las manos para contar los sábados que, en todo el año pasado, no tuvimos que pasarlos en la fábrica y pudimos estar con la familia. En noviembre y diciembre no pudimos disfrutar ni de un solo domingo...”³³.

En sus ediciones del 11-12-1979 y 20-9-1980, *Trud* reconocía que los mineros de Kuzbass y Donbass eran obligados a trabajar los siete días de la semana, con total desprecio por el código laboral, de sus legítimos derechos, de sus intereses y de su salud³⁴.

Estas circunstancias golpeaban con especial agudeza a los jóvenes obreros que proseguían sus estudios. Bastaban diez días con horas suplementarias forzosas para interrumpir el ciclo de los cursos, lo cual en ciertas asignaturas era irreparable. La supresión forzosa del descanso perjudicaba especialmente al que tiene que rendir un examen o al joven que esperaba el domingo para practicar su deporte preferido. Inclusive se obligaba a los menores a trabajar en turnos nocturnos.

Los directores, con la obvia complicidad de sus superiores, siempre alegaban que se ponían en juego “los intereses del Estado” para justificar el pisoteo de la legislación laboral. Los “delegados sindicales” cerraban los ojos ante tamañas arbitrariedades pretextando que interesaba obtener los premios por superación del plan, y los obreros no podían hacer valer sus derechos porque sólo se admitía formular reclamos legales a través de los delegados. Hay lugares donde los trabajadores se vieron forzados a perder sus vacaciones anuales sin percibir los haberes correspondientes.

conjuntamente por varias instituciones científicas francesas, N° 146, noviembre de 1971.

33 Citado por Schmidt-Häuer, *ob.cit.*, pp.344-45.

34 Citado por el *Llamamiento* sindical por la libertad de Klebanov (ver nota 9).

Aunque intervenían factores de orden administrativo y organizativo peculiares del régimen de producción vigente entonces en la ex URSS, la prolongación de la jornada laboral no se debía centralmente a razones de organización. Su significación objetiva, como analizó Marx en *El Capital*, era la extensión de la escala de la producción sin alterar la parte de capital invertida en maquinaria y edificio. El resultado consistía en el aumento del trabajo excedente sin mayores desembolsos destinados a pagar la fuerza de trabajo.

Esto ocurría, además, en las condiciones en que se privilegiaba la rama bélica y se incrementaba constantemente su producción. Pero las inversiones en esa rama son improductivas. Por tanto, la masa de trabajo excedente requerida por la economía crecía sin cesar.

El sistema imperante apelaba para ello a diversos métodos que conducían a la prolongación forzosa de la jornada laboral y a intensificar la explotación de la fuerza de trabajo. Vimos antes que en ciertos momentos, en una serie de casos, los trabajadores estaban un tiempo de su jornada sin mayores tareas. Pero no era por su responsabilidad. Y, lo que es más importante aún, no podían disponer ellos de ese tiempo, sino que debían permanecer a disposición de los jefes. Estos los obligan a trabajar luego sin respetar horarios ni descansos hasta producir lo estipulado por ellos y sus superiores.

Así resultaba que, como ocurre en el viejo capitalismo, las máquinas modernas y la tecnología avanzada, “el recurso más formidable que se conoce para *acortar la jornada de trabajo* se trueque en el medio más infalible para convertir *toda la vida del obrero* y de su familia en tiempo de trabajo disponible para la explotación del capital”³⁵.

Prolongación de la jornada de trabajo

Por otra parte, existía una contradicción total entre las disposiciones legales sobre seguridad e higiene y las condiciones reales en las que se veían obligados los obreros a trabajar. Los edificios eran cada vez más inadecuados y se acrecentaban la exigüidad del espacio, el ruido, el polvo y el

35 C. Marx: *El Capital*, edic. cit., tomo 1, pág. 327.

calor. Las estadísticas de accidentes laborales eran *secretas*. Pero el deterioro obligaba hasta a *Trud* a publicar periódicamente quejas al respecto, llegando a admitir que: del 30 al 50% de las enfermedades se deben a las condiciones insalubres y de trabajo; y como media anual cada obrero industrial pierde trece jornadas debido a enfermedad o accidente de trabajo³⁶. La ley estipulaba que el director debía informar sobre cada accidente laboral. En la práctica se disfrazaba la realidad acusando a la víctima de haber infringido las reglas de seguridad, o de haber violado la disciplina, o de estar ebrio.

A menudo, las instalaciones sanitarias en los lugares de trabajo se hallaban en un 30-40% por debajo de los requisitos mínimos oficiales. La iluminación era muy deficiente a causa, por lo general, de su vetustez. En este rubro se cumplían las normas legales sólo en un 50%. Era muy mala la calidad de la ropa especial de trabajo provista gratuitamente por los empleadores, en especial los guantes de protección. Esto obligaba a los obreros a comprar por su cuenta el equipo necesario – que es relativamente costoso – o a prescindir de él, cuando ya resultaba imposible el uso del suministrado, con grave desmedro para su seguridad.

Los comedores legalmente debían tener una plaza cada diez trabajadores. Pero esta proporción no se respetaba. La penuria del espacio obligaba a escalonar los turnos a lo largo de tres horas; unos “almorzaban” poco después de la hora de entrada, a la mañana, mientras que otros debían esperar casi hasta la hora de salida.

Los inspectores públicos electos para las Comisiones de Seguridad Social estaban a cargo del control del régimen de trabajo y de descanso. Sus prerrogativas eran teóricas. Por otra parte, escaseaban los inspectores técnicos. Por ejemplo, en la industria de la construcción había 1 cada 40 mil obreros; en la agricultura, 1 cada 114 mil personas. El número de inspectores técnicos fue decreciendo. Mientras que en 1940, con una población mucho menor eran 6.500, en 1967 sólo llegaban a 3.390. No tenían el derecho de ordenar el cese inmediato de las labores aunque éstas se efectuasen en condiciones peligrosas, ni podían introducir medidas de seguridad en las empresas que no las respetaban. Los inspectores públicos

36 *Trud*, citado por el estudio mencionado en la nota 32..

eran trabajadores que teóricamente podían acusar ante la justicia a los dirigentes de empresas que violaran las normas de seguridad. Sin embargo, aunque su número era elevado – 2,5 millones en 1969 – rara vez llevaban a los tribunales a los infractores.

Para no cumplir los beneficios acordados por la ley a los trabajadores menores de 18 años (jornada reducida, vacaciones anuales más prolongadas, facilidades para quienes estudian) muchas empresas no los tomaban. Es así que, según estadísticas oficiales, el 25,2% de los jóvenes de 16 a 17 años y el 13,9% de los de 18 a 19 años estaban desocupados en las ciudades medianas, mientras que el índice de desocupación para otras edades se reducía al 1,7%³⁷. En la propia literatura soviética se traduce esa situación. Por ejemplo, en un cuento dice el personaje principal: “En el período de exámenes, según la ley, me corresponde una licencia, pero haz la prueba de tomarla, cuando todos trabajan como unos condenados y las primas trimestrales penden de un pelo”³⁸.

A menudo, los jóvenes aprendices de un oficio eran usados como operarios para cualquier tarea y lo más frecuente era que los egresados de alguna especialidad no consiguieran trabajo en la misma.

Los NENT (no estudia, no trabaja) eran conocidos en el “socialismo real”: en 1964 más de dos millones de adolescentes de 14 a 17 años no iban a la escuela ni tenían trabajo³⁹.

La mayoría de los trabajadores urbanos tenía origen campesino. Recién en 1968 la población urbana sobrepasó a la rural. En 1976, el 39% vivía en el campo (incluyendo las pequeñas poblaciones en las que predomina la gente ocupada en faenas agropecuarias). Continuó el éxodo de la juventud rural obligada a ello por las duras condiciones de vida y de trabajo y la carencia de perspectivas. Los jóvenes que arribaban a las ciudades eran mal pagos por carecer de calificación. Conseguían ocupación

37 Datos del GOSPLAN (Comisión del Plan Estatal de la URSS) de 1965, citados por B. Kerblay: *ob.cit.*, pág.163. Respecto de la desocupación en general, el opositor V. Borissov decía: “...La desocupación no existe oficialmente ya que no hay ni indemnizaciones ni oficinas donde inscribirse. Pero en los campos de trabajo forzado hay cientos de miles de personas porque se hallan sin trabajo desde hace más de cuatro meses” (*Le Monde*, 26-6-1980).

38 *Literatura Soviética*, órgano de la Unión de Escritores de la URSS que se publica en Moscú en ruso y en varios idiomas, entre ellos el español, N°2, 1979, pág.29.

39 Datos oficiales de la Oficina Central de Estadísticas, citados por Moshe Lewin: *El siglo soviético*, Fayard/Le Monde Diplomatique, París, 2003, pág.264.

en oficios despreciados por los habitantes ya afincados en las urbes: la construcción, el *servicio doméstico*, la policía urbana. Pero un empleo en las ciudades, aun el no calificado, constituía una promoción para los hijos de la gran mayoría de los campesinos trabajadores.

Ese gran número de trabajadores que debió abandonar su aldea y su familia para ir a probar suerte en la ciudad constituía una parte importante de la clase obrera soviética. Sufrían una dependencia muy marcada respecto de la dirección de la empresa, ya que de su humor dependía que consiguieran vivienda, atención en los dispensarios, acceso al club, vacantes en las escuelas de aprendizaje y, lo que es tanto o más importante: que consignase un concepto favorable sobre su labor en su ficha personal.

Sobre la dependencia por la vivienda es ilustrativa la carta publicada por la prensa durante la discusión previa a la sanción de la nueva Constitución en la que se denunciaba que “la administración de diversas empresas” utilizaba el hecho de que las viviendas fuesen de ellas “para impedir las críticas y evitar que quienes las ocupaban pudieran tratar de cambiar de trabajo”⁴⁰.

Predominaba el salario a destajo. Así se impulsaba la división y la competencia entre los obreros, acentuándose el llamado incentivo material en detrimento del espíritu colectivo, de la cooperación y del trabajo desinteresado. El laureado en la “emulación socialista” recibía un diploma por sus éxitos. Pero como el “éxito” y la “carrera” iban unidos de la mano con el arribismo eran mal vistos por la masa.

Asimismo, la “eficiencia” y el “espíritu de empresa e iniciativa” estaban asociados con la sumisión a los superiores, el silencio ante las arbitrariedades, la deslealtad hacia los compañeros, la delación, las ventajas materiales y los privilegios. Por ello también eran resistidos por los trabajadores. A veces hasta la prensa oficial revelaba esta situación: “Las palabras éxito, carrera, gloria, no se emplean en el medio obrero –escribe F. Pliusch, ajustador de Krasnodar- Si preguntamos a un soldador que trabaja subido a una viga de hormigón y a una altura de una casa de diez pisos, si se está abriendo carrera bajo

40 Citado por Schmidt-Häuer, *ob.cit.*, pág.46.

las nubes, lo tomará en broma. Más vale no preguntarle estas cosas cuando está de malhumor⁴¹.

Un grupo de “activistas” conformaba una jerarquía política paralela a la jerarquía profesional, constituida por los llamados obreros de choque y por los innovadores, cuya significación real nada tenía que ver con lo que fuera la vanguardia proletaria en la construcción socialista. Como parte de la restauración ellos conformaban una elite que gozaba de publicidad, ventajas materiales y rápida promoción.

En las zonas rurales, a fines de los años 70, el 44,6% de los niños no terminaba la escuela primaria.

La electrificación de las casas era casi general, pero como se desprende de lo señalado más arriba, el acarreo de agua y de leña constituían una ruda servidumbre, especialmente para la mujer campesina. Con frecuencia, la vaca familiar era el único modo de asegurar la leche para los niños. Sólo el 29% de los menores de 7 años tenía la posibilidad de concurrir a guarderías y jardines de infantes. La mujer dedicaba un promedio de 4 horas diarias al trabajo en la parcela individual, además de tener que trabajar en el koljós (cooperativa) o en el sovjós (hacienda estatal) y en las tareas domésticas.

La oferta del almacén de un distrito rural consistía en: pan negro, fideos, conservas de pescado de calidad dudosa, vodka, sal, fósforos, bombones y cigarrillos. A veces vendían cerveza y salchichas.

El campesino pagaba más caro que el habitante urbano los productos industriales, inclusive los alimentos que no producía directamente, al precio del comercio estatal gravado con pesados impuestos. En promedio, su nivel de vida era un 40% inferior al de las ciudades.

Si consideramos la capacidad adquisitiva real de los trabajadores de la ciudad resulta imprescindible tener en cuenta la inflación en la ex URSS. Eran engañosas las cifras oficiales sobre precios. Los soviéticos adinerados compraban al precio que fuese bienes durables – alfombras, joyas, vajilla, etc. – para protegerse contra la devaluación real del rublo. Es que la cotización no oficial del dólar, por ejemplo, a fines de los 70 ya superaba en seis veces la cotización oficial⁴².

41 Citado en el folleto de propaganda soviética titulado *Temas discutidos en la URSS*, de Vladimir Kokashinski, editado en español por APN, Moscú, 1978, pág.23.

42 M.Voslensky: *ob. cit.*, pág.195.

El índice oficial de precios se mantenía prácticamente invariable. Es cierto que en los almacenes estatales no variaba el precio de artículos esenciales aunque el Estado había aumentado el precio que les pagaba a los productores del agro. Es cierto que los alquileres oficiales no habían subido desde hacía 50 años y sólo representaban un 3% del monto de los ingresos medios de una familia. También era cierto que las tarifas de electricidad y gas permanecían constantes desde 1949. Pero no era menos cierto que en las ciudades, *entre un 40 y un 60%* de las personas se veían obligadas a subalquilar una habitación o simplemente un rincón – a causa del gravísimo problema de la vivienda – *a precios fijados por el mercado “clandestino”*.

Pero asimismo había alzas oficiales de precios. Fueron espectaculares en los finales de los 70 e inicios de los 80. La población trabajadora fue castigada con subas del 15% en la confección, del 40% en las sedas, del 80% en la vajilla, del 100% en las tarifas de los taxis y del 20% de las aéreas, del 30% en el chocolate y de cuatro veces en el café. Las capas privilegiadas vieron aumentados los precios de artículos especialmente consumidos por ellas, aunque en una proporción inferior.

Una buena parte de la inflación se debía al alza disimulada de precios. Según una técnica bien conocida en los países capitalistas, un producto barato desaparecía de la venta y ocupaba su lugar otro artículo más caro apenas diferente del anterior.

Sobre la base de la autorización a elevar “legalmente” los precios se operaba el fraude: 1) las empresas presentaban costos inflados para obtener autorización para precios más altos; 2) aprovechaban la ambigüedad de lo que se consideraba *innovación* para atribuir pomposamente la etiqueta de “producto nuevo” a la reedición algo modernizada de un viejo modelo, justificando así aumentos de precios que llegan hasta diez veces más; 3) la violación de los precios oficiales era absoluta y general en la venta de los excedentes de producción y en la ejecución de un contrato o pedido particular. Según la ley, los precios contractuales se fijaban entre las partes, permitiéndose una tasa de ganancia de hasta el 20%. Pero en realidad, aprovechando y promoviendo escasez y especulación, las empresas imponían precios muy superiores – 50, 100% o más aún – que sus clientes eran forzados a aceptar para adquirir productos inhallables en

el mercado estatal o para acumular stocks preventivos ante próximos desabastecimientos. Tales ganancias extraordinarias eran ampliamente compartidas por los jefes ministeriales, quienes, por otra parte, estaban interesados además en inflar las cifras de valores de la producción de su rama. Por tanto, las infracciones eran públicas y toleradas.

Además, las alzas en los mercados libres koljosianos redondeaban el 15% anual.

Su incidencia era grande porque aseguraban más de la tercera parte de las frutas, de la carne y de las verduras consumidas por la población. En relación con las épocas del año, la diferencia de precios con el mercado estatal, según los productos, podía llegar hasta el 200%. Finalmente, aunque no en el últimos escalón en cuando a su incidencia negativa en el costo real de la vida, estaba el enorme mercado negro, cuya magnitud e importancia económica crecía sin cesar.

En suma, se calculaba que bastante más de la mitad del presupuesto de una familia común está destinado a la alimentación⁴³.

En cuando a la salud pública, pese al ruido de la propaganda oficial, la situación no era buena para los trabajadores, especialmente para los campesinos y estaba muy por debajo de las posibilidades de una superpotencia como la URSS. El servicio de atención médica y de hospitalización era inferior en el campo respecto de las ciudades, y en éstas, un abismo separaba las posibilidades ilimitadas de los “señores” de las tribulaciones del ciudadano común. Este debía hacer horas de cola, por lo general, para que un médico lo atendiera. Los médicos debían atenerse a la norma de quince minutos por paciente. La mitad la consumía el llenado y la firma de la libreta sanitaria (muy reducido era el personal auxiliar, incluso muy pocas enfermeras). Por ello, se fue imponiendo, de hecho, la necesidad de hacerles regalos o directamente pagarles a los médicos y las enfermeras. Lo que anulaba en la práctica la gratuidad del servicio de salud pública.

Las cifras sobre la red sanitaria eran realmente impresionantes. En 1980 había 24 mil hospitales con más de tres millones de camas; 35 mil clínicas o ambulatorios; 865 mil médicos. Pero como su sueldo era muy

43 *Ídem*, pág.196.

bajo, así como el del personal auxiliar, en una sociedad en donde el incentivo era el dinero y el de arriba gozaba de privilegios y prebendas, la mayoría de los profesionales, de sus ayudantes y de los demás trabajadores del sistema sanitario no se preocupaban por su trabajo ni por su perfeccionamiento. Esto era particularmente grave en el campo. Existía escasez de medicamentos, cristales para anteojos, instrumental médico, ambulancias y otros elementos básicos.

Sólo en casos de verdadera urgencia y gravedad se obtenía asistencia y cama en los establecimientos sanitarios. Todo lo que quedara por debajo de la gravedad extrema era atendido en la clínica de distrito que le correspondía al paciente de acuerdo con su domicilio. Como la comida en la mayor parte de los lugares de internación era muy escasa, los pacientes dependían de los paquetes de sus familiares. Y la propina era indispensable para asegurarse que los paquetes llegasen a manos del internado; también eran necesarias las propinas para garantizar que se cambiara la ropa de cama, se aplicaran las inyecciones, se tomase la temperatura, se atendieran los llamados de los enfermos, etc.

Los que se hallaban en peor situación en el sistema sanitario y social eran los discapacitados que necesitan un cuidado permanentemente. Eran los verdaderos parias del sistema de seguridad social. Percibían pensiones muy bajas. Esta era una de las manifestaciones más crudas de que en el “socialismo real” de la ex URSS no era el ser humano quien ocupaba el centro, sino el producto, a semejanza de lo que ocurre en el capitalismo tradicional. El Estado no se preocupaba por los trabajadores sino por su fuerza de trabajo. Por ende, quienes tenían la desgracia de carecer de posibilidades físicas directamente no entraban en el campo visual de los dirigentes⁴⁴.

Esta situación era de tal gravedad que, en mayo de 1978, los trabajadores inválidos fundaron un grupo de acción para la defensa de sus derechos. Esta organización fue reprimida. En sus boletines denunció la inhumanidad reinante en los hogares de inválidos y las causas por las que muchos de ellos se veían impulsados al suicidio.

44 Schmidt-Häuer: *ob. cit.*, pp.62-71.

La enseñanza

La escuela soviética de enseñanza general constaba de la primaria (uno a tres grados); la secundaria incompleta (1-8 grados) y la secundaria completa (1-10 u 11 grados). Es decir que la denominación puede inducir con relativa facilidad a engaño al extranjero. Pues lo que allí denominaban “escuela primaria” era menos que el ciclo más elemental, que estaba lejos de cubrir lo que, por ejemplo en nuestro país, son los siete grados de escuela primaria. En la mayoría de los casos escondía detrás de la generalización estadística el número real de niños que no habían podido concluir el ciclo primario.

En 1973 el dato era⁴⁵ que el 66% de los obreros poseía enseñanza secundaria (incompleta y completa), por lo que se desprendía al mismo tiempo que el 34% no había terminado la incompleta. Dentro del genérico 66% no se precisaba cuántos habían efectivamente cursado los ocho grados y cuántos alcanzaron los once grados, y con ello lo básico de la enseñanza secundaria. Lo que se infería claramente, sin proponérselo la estadística oficial, es que *la tercera parte de los obreros no había terminado la secundaria (incompleta o completa)*. En los años 80 Moscú publicitaba que “de cada cuatro obreros soviéticos, tres tienen instrucción media superior o media completa o incompleta”. Aquí resultaría que la cuarta parte de los obreros no pudo hacer más que pocos grados de la primaria. Pero también podría desprenderse que incluidos en la genérica afirmación de “media incompleta” también había un porcentaje más o menos importante que tampoco pudo concluir la escuela primaria.

Ya vimos que en las zonas rurales casi la mitad de los niños no concluía el ciclo primario.

En la enseñanza se incrementaba sobre todo la capacitación técnica y profesional de los jóvenes. En muchos casos grandes empresas patrocinaban las escuelas de oficios. La preocupación oficial era elevar la calificación de la mano de obra, pero a costa de rebajar la formación integral – politécnica y cultural – de los jóvenes.

45 L. Brezhnev: *Nuestro rumbo: la paz y el socialismo*, tercera parte (recopilación de discursos). APN, Moscú, 1973, pp.32-33.

Es ostensible, por consiguiente, que el sistema educativo, tomado en su conjunto, sufrió un retroceso, afectando fundamentalmente a la juventud obrera y campesina. Según fuentes de la oposición socialdemócrata⁴⁶, a principios de la década de 1970, sólo el 60% de los jóvenes podía acceder a la enseñanza secundaria y alrededor del 15% ni siquiera podía concluir el ciclo primario. Esto en el momento en que Rusia ya comenzaba a sobrepasar a la otra superpotencia imperialista y se situaba a la ofensiva en la disputa con ella por la hegemonía mundial.

En cuando a los niños en edad preescolar, las guarderías y los jardines de infantes disponían de diez millones de plazas. Sólo cubría algo menos de un tercio de las necesidades, teniendo en cuenta que la inmensa mayoría de las madres trabajaba. Por ello, las “babushkas” – abuelitas – se convirtieron en un pilar de la organización de la vida cotidiana de las parejas y de la educación de los niños en sus primeros años de vida.

Cañones en vez de manteca

Luego de la defenestración de Jruschiov en 1964, sin cambiar oficialmente el programa del Partido aprobado tres años antes en su XXII Congreso, se fueron dejando totalmente de lado las metas en él proclamadas para 1970 y para 1980. A la vez se acentuó crecientemente la militarización de la economía y el enriquecimiento de la minoría privilegiada. En los documentos oficiales, aun en los más importantes con motivo de los congresos partidarios, fueron dejando de lado de manera sibilina pero no por ello menos llamativa, toda referencia concreta a metas de edificación de la sociedad comunista. Y para legitimar teóricamente la postergación indefinida de tales objetivos, a principios de la década del setenta Brezhnev y los suyos pergeñaron la teoría del “socialismo desarrollado” como etapa luego de haber establecido la sociedad socialista. Y recién en el XXVI Congreso efectuado en 1981, suprimieron oficialmente del programa partidario el artículo que fijaba como meta llegar al comunismo (entendido a la manera revisionista como mera abundancia de productos de consumo y servicios) en 1980.

46 Roy A. Medvedev: *La democracia socialista* (obra escrita por su autor en la URSS y publicada en ruso en Ámsterdam), Edit. Fco. De Aguirre, Bs..As.,1974, pág.13.

Con su cinismo característico, la cúspide soviética publicaba datos del presupuesto militar por lo menos cuatro veces inferiores a la realidad. Los gastos bélicos insumían alrededor del 15% del producto bruto interno (PBI). Esto significaba *cañones en vez de manteca*. ¿Por qué entonces el señor Brezhnev fingía extrañeza y lanzaba denuestos contra tales o cuales jerarcas de rango inferior, al no tener más remedio que confesar – en el pleno del CC celebrado en noviembre de 1979 – que la población carecía de artículos elementales como jabón, dentífrico, cepillos de dientes, medicamentos corrientes, agujas, hilo, pañales para bebés?. Y que padecía escasez de carne, verdura, manteca, queso, chocolate e inclusive leche. Esto en una superpotencia que igualaba y hasta superaba a su rival imperialista, EEUU, en la producción y tecnología más avanzada en materia bélica.

¿Qué interés de clase expresa semejante política de inversiones?

Un año y pico después del citado plenario, en su informe al XXVI Congreso, Brezhnev proclamó orgulloso “Los años setenta...la fabricación de medios de producción ha crecido en la misma escala que en los veinte años precedentes juntos”⁴⁷. Pues bien, es precisamente dentro del rubro genérico de “producción de medios de producción” o “industria pesada” que Moscú escondía la magnitud real de sus colosales inversiones en la producción con fines bélicos. Pero el señor Brezhnev, sin inmutarse, afirmaba en otra parte de su informe, como si fuese un problema desligado del anterior: “Es un hecho el que año tras año no se cumplen planes de producción de muchos artículos de uso y consumo populares... Tampoco se observan debidos cambios en la calidad, el acabado y el surtido...Son problemas de la vida cotidiana de millones y millones de personas. La tienda, el comedor, la lavandería y la tintorería son establecimientos a los cuales la gente acude a diario. ¿Qué pueden comprar? ¿Cómo se los atiende? ¿Cómo se habla con ellos? ¿Cuánto tiempo gastan en los quehaceres domésticos? Las gentes juzgan de nuestro trabajo en gran parte por la forma en que se resuelven estos problemas. Juzgan de modo riguroso y exigente”⁴⁸. Esta última frase dejaba traslucir que el descontento crecía en el pueblo. Al desvincular la pésima situación existente para la vida cotidiana de la población trabajadora del destino real de las inversiones (y de lo mejor de los cuadros técnicos y administrativos) se ocultaba la causa.

47 *Edic. cit.*, pág.27.

48 *Ídem*, pág.31.

Por ende, los remedios empleados eran meras aspirinas, las cuales, como se sabe, ya ni el dolor pueden mitigar en caso de enfermedades graves.

Más aún, no existía el menor intercambio de información entre los complejos militares-industriales y la industria civil. Esta última ni siquiera se beneficiaba de los resultados de las investigaciones o de los productos secundarios de la industria de armamentos que acaparaba todas las preferencias. Según estimaciones serias, un 15% del total de la fuerza de trabajo, es decir, unos 20 a 25 millones de personas constituían los recursos humanos empleados en la producción con fines bélicos.

A título comparativo, en EEUU la cantidad total de población ocupada en aprestos bélicos, incluidos los efectivos del servicio activo y de la reserva organizada, era entonces de seis millones de personas. *Este dato proviene de fuente soviética*, por lo que no debe ser inferior al real⁴⁹.

La experiencia histórica indica que el desarrollo de las fuerzas productivas en los países socialistas está condicionado por las necesidades de la defensa contra las provocaciones y las agresiones del imperialismo. Esto demanda importantes inversiones que inciden sobre la correlación entre la acumulación y el consumo, y sobre la distribución de recursos entre el sector dedicado a la producción de medios de producción y el sector destinado a la producción de medios de consumo. Resultan afectados así, tanto en el volumen de recursos como en el ritmo de su crecimiento el consumo y la rama productiva que lo abastece directamente. Pero esta necesidad de asegurar la defensa contra las potencias imperialistas responde al interés fundamental de clase del proletariado y de los campesinos trabajadores y no sólo del país o países donde ha triunfado la revolución socialista, sino también de la clase obrera internacional y de los pueblos oprimidos.

En las condiciones peculiares de los países donde primero se estableció la dictadura del proletariado, en especial de la URSS, la situación era muy compleja pues se heredaba un gran atraso.

Pero la situación de la URSS varió sustancialmente luego de 1945. Su base industrial era la más importante, luego de la norteamericana, a ni-

49 A. A. Kokoshin: *EEUU: tras la fachada de la política global*, ediciones Estudio, B.As., 1982, pág. 170.

vel mundial. Sobre ella descansaba la posibilidad de disponer con absoluta independencia de todos los medios requeridos para la defensa. En unos años la Unión Soviética se proveyó de tales medios y de los recursos para modernizarlos en la medida en que lo exigían las circunstancias.

A título comparativo debe recordarse que en EEUU el nivel de los gastos bélicos trepó al 13% del PBI durante su agresión contra Corea, osciló en el 9,5% durante su guerra de agresión contra los pueblos indochinos y se redujo en el último lustro anterior a la presidencia de Reagan. Estos datos también son de fuente oficial soviética⁵⁰.

Al destinar alrededor del 15% de su producto bruto a finalidades bélicas, la cúspide soviética no perseguía ya asegurar la defensa, sino disponer de medios militares para sustentar su expansionismo y su pugna por la dominación mundial. ¿Qué interés de clase – cabe reiterar el interrogante – expresó su política de inversiones dirigida a producir cañones en vez de manteca, cuando ya no eran necesidades defensivas las que debían cubrirse?

A ello debe sumarse otro hecho esencial. Todo el mundo sabe que el órgano de represión y provocación, el KGB, disponía de recursos ilimitados y de centenares de miles de agentes dentro y fuera de Rusia. El KGB no servía a los productores directos víctimas de atropellos, arbitrariedades y despojos. Por el contrario, era un instrumento fundamental para perseguir como “elementos antisoviéticos” a los trabajadores que protestaban y trataban de hacer valer sus derechos. El KGB no respondía ante el pueblo trabajador ni estaba sometido a su control. Al revés, era el KGB el que controlaba a la clase obrera, al campesinado y a la intelectualidad. No sólo controlaba, sino que espiaba, intimidaba y reprimía ferozmente. El KGB como la CIA constituyen resortes esenciales de la burguesía imperialista dominante y de su Estado.

Es obvio entonces que las grandes inversiones para el KGB no estaban dictadas por los intereses fundamentales de los productores directos, sino que, por el contrario, resultaban antagónicas con ellos.

La síntesis de los elementos que venimos examinando sobre la política de inversiones es suficientemente clara: 1) el precio de la fuerza de trabajo era mantenido por debajo de su valor; 2) el plusproducto creado

50 *Ídem*, pág.172.

por los trabajadores crecía incesantemente y también la proporción existente entre él y los fondos destinados a los salarios; en otros términos, la realidad mostraba una masa creciente de trabajo excedente y una elevada (y ascendente) tasa de explotación de los productores directos; 3) el trabajo excedente no se vinculó a mediano y largo plazo con una reducción de la jornada laboral y una mejora sustancial de las condiciones de vida y de trabajo de los productores directos; 4) el destino fundamental del trabajo excedente a mediano y largo plazo era el incremento del poderío bélico y de la expansión militar; 5) mientras que la gran masa de productores directos padecía la escasez o la carencia de artículos básicos (y debía adicionar a su jornada laboral varias horas para procurar provisiones) una minoría privilegiada – de una u otra manera – veía satisfecha su demanda no sólo de bienes de consumo corrientes, sino también, y especialmente, su exigencia de confort (según las pautas burguesas) y de lujo.

En estas condiciones la reproducción ampliada y la acumulación supereditaban al productor directo al producto y éste dominaba al trabajador.

En este cuadro se comprobaba un cambio radical en la actitud ante el trabajo respecto de las primeras décadas posteriores a la Revolución de Octubre.

El examen de las inversiones aporta elementos esenciales para desentrañar la situación real de los trabajadores en la producción. Está interrelacionado con otros elementos esenciales como el significado real del trabajo (es una condena y no una alegría ni un motivo de orgullo) y el papel real de los trabajadores en las decisiones.

La distribución

Esto nos conduce de lleno a analizar la distribución. Marx ha demostrado⁵¹ que *la distribución de los medios de consumo es una consecuencia del modo en que están distribuidas las condiciones de producción.*

La asignación de los recursos y la proporción – derivada de ello – en que se ofrecen los diversos bienes (y de los precios de éstos), alteran inevitablemente la distribución de la renta *real* entre los diferentes gru-

51 Véase *Crítica al programa de Gotha*.

pos de consumidores. Como señala Maurice Dobb: “Ni con fines formales puede tratarse por separado la asignación de los recursos productivos y la cuestión de la distribución de la renta”⁵².

La asignación de los recursos productivos en la ex URSS, como consecuencia de la captura del poder por los revisionistas seguidores del camino capitalista, no estaba dictada por el interés de la clase obrera y del campesinado trabajador. Lo que, a su turno, conllevaba determinada distribución de la renta y suponía que las condiciones de producción no estaban sometidas a los productores directos. Por el contrario, eran estos últimos quienes estaban sometidos a las condiciones de producción, personificadas por el cuerpo de altos jerarcas políticos y económicos.

En una sociedad donde una minoría goza de ingresos desmesuradamente elevados en relación a los percibidos por la mayoría, si se opera por un período prolongado una transferencia de recursos a la producción bélica, al fortalecimiento del aparato represivo y a la producción de bienes costosos (en relación con la media de tal sociedad) requeridos por dicha minoría, aunque no sufra modificaciones el ingreso nominal de cada sector, va produciéndose un cambio en la renta real a favor de los miembros de la minoría privilegiada y a favor del poderío colectivo de ésta. Es el caso de la sociedad soviética como quedó al desnudo con Gorbachov, Yeltsin y el sinceramiento total del capitalismo real existente en forma original.

El principio socialista de distribución es “de cada uno según su capacidad, a cada uno según su trabajo”. Luego del XX Congreso del Partido (febrero de 1956) y del golpe de Estado que aseguró la hegemonía de la camarilla de Jruschiov-Brezhnev (junio de 1957), poco a poco en la propaganda se fue citando dicho principio de manera mutilada, amputándole la primera parte. Es decir, se fue dejando de lado la parte que se refiere a la necesidad de que cada ciudadano haga un aporte máximo a la producción y a la construcción del socialismo. De este modo, de hecho, se planteaba unilateralmente el estímulo material (“a cada uno según su trabajo”). Mao Tsetung advertía sobre esta absolutización de los estímulos puramente monetarios: “Si así se publicitan los intereses materiales

52 M. Dobb: *El cálculo económico en una economía socialista*, Edit. Ariel, Barcelona, 1970, pág.80.

el capitalismo se convierte en invencible”⁵³. En términos parecidos planteaba esta cuestión el Che Guevara. Su trabajo fundamental fue ocultado durante cuarenta años⁵⁴.

Luego de la adulteración del principio socialista de distribución, los revisionistas soviéticos lo sustituyeron lisa y llanamente por el “principio” del “incentivo material”. Salvo alguna mención aislada, de tanto en tanto y a regañadientes, lo común en las publicaciones rusas era hablar del “incentivo material”. Ello se une directamente con el problema de la ley económica fundamental que desde entonces rigió la producción en la URSS. Pero en el plano de la distribución también tiene implicaciones; la más importante es que pretendía legitimar el estado de cosas existente.

La diferencia entre los haberes percibidos por los trabajadores y los ingresos y prebendas de los jefes (*nachalniki*) era abismal. Según la oposición socialdemócrata, la brecha era de 1 a 10 en algunas empresas, de 1 a 20 en otras y a veces de 1 a 50. “En escala nacional – decía Roy Medvedev – la diferencia puede llegar a 100, sobre todo si se toman en consideración las ventajas materiales, los cuidados médicos, las vacaciones, etc.... En los primeros años de la revolución...la diferencia era de 1 a 5”. Señala que el salario mínimo vital para una familia tipo debería ser de 300 a 400 rublos mensuales”⁵⁵.

Estas cifras corresponden a 1970, por lo que debe tomarse en cuenta el aumento de precios operado desde entonces.

En 1974, un tercio de las familias disponía de un ingreso mensual que no superaba los 50 rublos por persona. Pero en ese entonces, ciertos economistas soviéticos calculaban ese índice como el límite inferior, debajo del cual ya no se cubrían las necesidades más elementales⁵⁶.

Muchos trabajadores urbanos y todos los campesinos (excepto la exigua minoría privilegiada) añadían a sus ingresos en dinero los recursos del autoconsumo. En el campo, labrando las parcelas individuales. En las ciudades, trabajando los terrenos aledaños a las casas (*usadka*), los

53 Mao Tsetung: *Inéditos*, Edic. Mundo Nuevo, Bs. As, 1975, pág.74.

54 Ver Ernesto Che Guevara: Apuntes críticos a la economía política, Instituto Cubano del Libro, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 2006. Ver Rosa Nassif: El Che y la construcción del socialismo, en *Política y Teoría* N°63, agosto-octubre de 2007.

55 R. A. Medvedev, *ob. cit.*, pp.265-66.

56 Citado por Kerblay, *ob. cit.*, pág.131.

huertos privados en los suburbios (*uchastok*) o una parcela en los huertos colectivos de las empresas (*pasnia*).

Las citadas estimaciones de economistas soviéticos consideraban que era necesario un ingreso de 100 a 150 rublos mensuales por cabeza para disponer del poder adquisitivo correspondiente a las normas racionales establecidas – entonces – por los institutos oficiales de consumo. Pero en 1967 sólo el 10% de las familias alcanzaba dicho nivel. Y la situación no varió sustancialmente desde entonces. En 1976 sólo el 38% de la población formaba parte de familias con ingresos superiores de los 100 rublos por miembro. Y los precios habían subido mucho. El salario mínimo ascendía a 70 rublos mensuales en 1981 y se prometió en el XXVI Congreso del PCUS elevarlo a 80 para 1985. El salario medio – según datos oficiales, cuestionados por la oposición – alcanzaba los 168 rublos mensuales y se había prometido que llegaría... a 190-195 rublos para 1985.

Entre 1950 y 1970 se duplicó el número de jubilados. Si bien en el mismo lapso – según datos oficiales – el presupuesto estatal destinado a pensiones y jubilaciones se multiplicó por ocho, una proporción grande de ciudadanos percibía asignaciones que no llegaban al mínimo necesario para subsistir y la mayoría aplastante de los jubilados y pensionados sólo cobraba ese mínimo. Esta situación, obviamente también debe computarse al examinar la situación real de los ingresos familiares. En muchos casos, para sobrevivir, los retirados dependían de la ayuda de sus familias. Esto es reconocido oficialmente. Por ejemplo, en 1978, una publicación especializada soviética escribía: “Si se comparan los ingresos de un jubilado, es decir, su pensión, con los ingresos per cápita de los miembros de su familia, queda claro que la mayor parte de los pensionados depende financieramente, de manera considerable, de sus familias”⁵⁷. Esta publicación (*Economía y organización de la producción industrial*), informaba los resultados de una investigación efectuada en una gran ciudad. Según ella, la asignación de los jubilados sólo alcanzaba los dos tercios del ingreso medio por cabeza de los miembros de la familia que trabajaban. Y en una parte de los casos, ni siquiera llegaba a ese nivel. Por ende, la familia sufría en su presupuesto una merma relativa del 15 al 20%.

57 Citado por Schmidt-Häuer, *ob.cit.*,pág.129.

Se fue generalizado y creciendo constantemente el número de los retirados que seguía trabajando. Inclusive ello era abiertamente alentado, y en los lugares donde había escasez de mano de obra, el jubilado que seguía empleado, además de percibir el sueldo correspondiente, siguió cobrando gran parte de la pensión a la que tenía derecho.

La diferencia entre el ingreso más bajo y el más alto llegaba hasta 100, sin contar lo que los jerarcas obtenían “en negro” de la “economía paralela”. Esto se fue blanqueando en tiempos de Gorbachov y culminó con Yeltsin. Pero ¿puede alegrarse – si uno se dice marxista-leninista y habla de socialismo – que existe una diferencia de 1 a 100 entre el trabajo más simple y el trabajo más complejo de dirección? Marx, en *Crítica al programa de Gotha*, destacaba precisamente como principio de distribución de los medios de consumo, en el período correspondiente al socialismo, *el intercambio de cantidades iguales de trabajo*. Los dirigentes soviéticos omitían lisa y llanamente toda referencia a lo planteado por Marx y sostenían que la renta nacional era distribuida “en función de la cantidad y la calidad del trabajo”, pero eran ellos mismos, de por sí y ante sí, quienes establecían los criterios para medir “la cantidad y la calidad del trabajo” de los miembros de la sociedad.

En estas condiciones, la reivindicación de los principios proletarios revolucionarios practicados por la Comuna de París, subrayados y desarrollados por Lenin en su obra *El Estado y la Revolución*, según los cuales el sueldo de los funcionarios no debe ser superior al de los obreros calificados, constituía directamente un “acto subversivo”.

Durante la década de 1920, en la URSS socialista, en medio de la penuria general del pueblo los dirigentes bolcheviques vivían de manera similar a los trabajadores y daban el ejemplo. Lenin consideraba necesario pagar altos salarios a los especialistas burgueses pues la actividad de éstos era vital, entonces, para la reconstrucción económica. Pero, a la vez advertía que implicaba un compromiso, cierto abandono de los principios de la Comuna de París y de todo poder proletario, que exigen que nadie sobrepase los ingresos de un obrero calificado y que el arribismo sea combatido con hechos y no con palabras. Y enfatizaba que, incuestionablemente, los sueldos elevados ejercían una influencia disolvente sobre el poder soviético y sobre la masa obrera misma. Lenin subrayaba que

sería descender al nivel de los políticos burgueses y engañar a las masas, ocultarles que atraer a los especialistas burgueses mediante el pago de sueldos excesivamente elevados constituía un apartamiento de los principios de la Comuna.

Como vimos en el tomo I, durante la década de 1930 se fue variando – negativamente – la política leninista respecto de los salarios de los dirigentes. El retroceso se acentuó después de la guerra antifascista. Luego del golpe de Estado mediante el cual la camarilla revisionista se apoderó del poder se produjo un cambio cualitativo también en este plano. Porque se estabilizó y aseguró la perpetuación del cuerpo de altos jerarcas políticos, administrativos y militares. Y porque se llevó hasta el fin la práctica de elevados salarios y de toda suerte de prebendas y privilegios cuyo monto resulta difícil de cuantificar, ya que se pretendía mantener todo esto en el más riguroso secreto, como si se tratara de un problema relativo a la defensa militar del país.

Ya en plena polémica con el revisionismo de Jruschiov-Brezhnev, Mao Tsetung decía ante el pleno del CC del PC de China: “En 1949, en una reunión efectuada en este mismo lugar uno de nuestros generales propuso un aumento de sueldos en el ejército. Muchos camaradas apoyaron la proposición, pero yo la objeté. El argumento que él expuso fue que, en cada comida, un capitalista se hacía servir junto con el arroz cinco platos, mientras que en el Ejército de Liberación se lo acompañaba sólo con agua-sal y un poco de repollo en vinagre, cosa que, según él, era inadmisibles. Yo dije que esto era una cosa buena. Que el capitalista bien podía servirse sus cinco platos, mientras comíamos nuestro repollo-vinagre. De este repollo nace la política y el ejemplo. El Ejército de Liberación se ha ganado el corazón de la gente precisamente gracias a este repollo vinagre, aparte de otras razones, naturalmente. Ahora la alimentación de las tropas ha mejorado y es, en cierta medida, diferente que cuando no había más que repollo-vinagre. Sin embargo, lo fundamental es que sigamos propugnando el estilo de vida sencilla y lucha dura, que es una cualidad política propia de nosotros. Chinchou está en una zona productora de manzanas. Era otoño cuando se libraba la campaña de Liaosi y, aunque los habitantes tenían en sus casas muchas manzanas, nuestros soldados no tocaron una sola. Quedé profundamente conmovido al leer

esta noticia. Los combatientes tenían conciencia de que era noble dejar las manzanas donde estaban e indigno comerlas ya que ellas pertenecían al pueblo”⁵⁸.

La distribución presupone como existente el valor total del producto anual. Este no es sino el trabajo social materializado. Como analizó Marx, el examen de la distribución arroja luz sobre las relaciones reales entre los hombres en la producción. Las relaciones de distribución expresan un aspecto de las relaciones de producción. La distribución de los medios de consumo es consecuencia del modo en que están distribuidas las propias condiciones de producción. Y esta última distribución es una de las características inherentes al modo de producción. En el modo de producción capitalista, las condiciones materiales de producción están distribuidas entre los no trabajadores en forma de propiedad capitalista y de propiedad de la tierra, mientras que la masa de productores directos sólo posee las condiciones personales de producción, la fuerza de trabajo. Por eso Marx subrayaba que cuando las condiciones materiales de producción pasaran a ser propiedad común de los trabajadores mismos, la distribución de los medios de consumo sería distinta de la que se practica en el capitalismo.

La situación existente en la ex URSS en cuanto a la distribución de la renta nacional es un índice harto elocuente de cuál era la posición de los productores directos respecto de las condiciones de producción desde fines de los años 50..

La diferencia abismal entre los ingresos de los trabajadores y los haberes y prebendas de los jefes representaba de por sí que una parte del plusproducto creado por los primeros iba a parar a los bolsillos de los segundos.

Los privilegios y las prebendas

En base a múltiples testimonios, se puede trazar sintéticamente un cuadro aproximado.

En primer término, de diversas formas se multiplicaban los ingresos que realmente percibían los jefes. Además de su sueldo oficial cobraba un mes de vacaciones, contra quince días del soviético común, más el

⁵⁸ Mao Tsetung: *O. Escogidas*, tomo 5º, Edic. Independencia, Bs. As., 1979, pág.379.

tiempo empleado en el viaje de ida y vuelta. Antes de iniciar las vacaciones recibía el importe correspondiente a un mes de haberes, por encima del pago de la licencia anual. Un aguinaldo, pero, por otra parte, sus gastos de reposo y “cura” corrían por cuenta del Estado. Resultaba así que efectivamente percibía trece meses de haberes anuales pero gastaba para vivir sólo durante once meses. Recibía además otra asignación adicional, en tickets para adquirir las comidas – de primera calidad y en la cantidad que quisiera – en la cantina especial de su lugar de trabajo. La suma que representaba efectivamente este rubro oscilaba alrededor de los 200 rublos por mes (o sea 20 rublos más que el monto del salario medio oficial). Si conocía idiomas extranjeros cosa común a casi todos ellos, ya que en su gran mayoría poseían instrucción superior o de nivel terciario – y “lo utilizaba en su labor” percibía una bonificación del 10% por cada idioma. Los *nachalniki* de unidades productivas y otras entidades regidas por el sistema de autogestión financiera, percibían suculentos premios del fondo de estímulo. Sobre todos estos haberes no pagaban un impuesto progresivo. Pues según la legislación, la tasa máxima de imposición era del 13% y se descontaba automáticamente a partir de la suma de 200 rublos. Otra gran fuente para aumentar “legalmente” los ingresos eran los artículos para diversas publicaciones y las conferencias. Los jefes derramaban verdaderos ríos de tinta en escritos que se pagaban a razón de 300 rublos las 24 páginas (o sea, casi el doble del salario medio). Además, otra fuente sumamente lucrativa eran los viajes al extranjero. Les daba acceso a toda suerte de bienes difíciles de conseguir o inhallables en Rusia. Los proveía de divisas al cambio oficial, que depositadas en el exterior, se podían remitir a Rusia por intermedio de agencias soviéticas que funcionaban en el extranjero en forma de bonos “certificados”. Existían tres tipos de certificados: el primero, relativo a divisas de los países capitalistas desarrollados; el segundo, contra monedas de países del Tercer Mundo; el tercero, respecto de monedas de los países “socialistas”. Los certificados de la primera categoría proporcionaban la posibilidad de comprar los mejores productos. Con los “ahorros” de divisas recibidas al cambio oficial por rublos, de esa manera, hasta se podía adquirir automóviles o un departamento construido en cooperativa. Además existía toda una red comercial en la URSS, incluidos restaurantes y bares, en los que sólo se aceptaban divisas.

Otra fuente de ingreso, sustancialmente más elevada que las distintas formas “legales”, eran las coimas y los negocios en la economía paralela, como veremos más adelante.

En cuanto a las prebendas y privilegios también “legales”, la enumeración es bastante dilatada. En primer término, la vivienda y la dacha sobre las que hablamos en el punto anterior. Asimismo la red de establecimientos destinados exclusivamente a los poderosos y los privilegiados del régimen, en los cuales sin hacer cola se conseguía de todo y de lo mejor, mientras que el resto de los soviéticos, la mayoría, libraba una dura y desgastante batalla cotidiana para proveerse y sólo accedía a productos de mala calidad. Esa red no podía identificarse directamente porque los locales no exhibían ningún letrero. Se los distinguía por el portero que estaba a la entrada constantemente y ordenaba circular si un ciudadano común se detenía a curiosear.

Volviendo sobre las dachas reservadas a los jefes y las casas de reposo para los jerarcas, el comentario popular es que se convirtieron en albergues transitorios o casas de citas de lujo.

En otro punto nos detendremos en los establecimientos educacionales especiales para los hijos de los jerarcas y privilegiados.

También gozaban de privilegios a la hora de la jubilación. Al fallecer sus restos iban a cementerios especiales.

En cuanto a la jerarquía más alta, su estilo de vida era similar al de los mayores millonarios yanquis. Dentro de sus ingresos “legales” disponían de una cuenta abierta en el Banco del Estado (*Gosbank*) que les permitía extraer en todo momento de los fondos públicos las sumas que quisieran. En ese escalón todos vivían en el lujo desenfrenado sin gastar un centavo de sus haberes.

Quienes trataban de tomarse en serio algunos aspectos elementales de lo que sería una conducta socialista y rechazaban privilegios eran radiados y caían bajo la sospecha de “enemigos del Estado”. Por ejemplo, el secretario del Partido de una ciudad de Bielorrusia no quería disponer de auto oficial, ni de un piso grande ni del privilegio de comprar en los establecimientos especiales. Esto provocó las sospechas de sus superiores y de sus colegas. El secretario del Partido en una gran empresa se atrevió un día a decir que le bastaba con su sueldo y que no necesitaba ni provi-

siones especiales ni artículos de lujo. Sus superiores lo convocaron y le plantearon: “¿Qué pretendes demostrar con tu actitud? ¿Qué actuamos incorrectamente? ¡O haces como nosotros o dimites!”⁵⁹.

Quiénes decidían realmente

Pero ¿los productores directos eran quienes decidían dedicar lo esencial del plusproducto a la militarización de la economía y a la represión interna? ¿Ellos eran quienes determinaron que los *nachalniki* obtuviesen la parte del león de los fondos dedicados al consumo?

Según los dirigentes soviéticos, “la propiedad de todo el pueblo” sobre los medios de producción se expresaba en lo siguiente:

a) Los planes eran examinados y refrendados en las sesiones del Soviet Supremo en el que predominaban los diputados de los obreros y los campesinos. Se hacía una discusión previa en reuniones de masas de los lineamientos generales de los planes. Decidida así la línea general, se pasa a especialistas la tarea de esbozar concretamente los planes. Estos, a su vez, eran discutidos en las contadas sesiones del Soviet Supremo. El Estado concentraba en sus manos las inversiones centralizadas y la distribución de los recursos de importancia para la economía nacional. Las inversiones descentralizadas de las empresas eran controladas por el Estado.

b) En base al plan nacional, los soviets locales de diputados de los trabajadores estudiaban y aprobaban los planes para el territorio de su jurisdicción.

c) Regularmente se reunían en cada empresa las conferencias permanentes de producción que examinaban los proyectos de plan y la marcha de su cumplimiento. Los Consejos Técnico-Económicos de las empresas, compuestos por ingenieros y obreros innovadores de la producción, ayudaban a los directores en sus decisiones en este terreno.

d) Para decidir el despido de obreros, la distribución de viviendas, el empleo de los fondos de estímulo, el director de la empresa debía tener el acuerdo del comité sindical.

⁵⁹ Schmidt-Häuer: *ob. cit.*, pág.21.

Pero ¿cómo era la situación real?

En primer término, existía una feroz represión. La menor crítica independiente de lo formulado o admitido por los de arriba, era acusada de “antisovietismo” y, por ende, podía conducir a un manicomio o a un campo de trabajos forzados. Se despedía a los que resistían el despotismo atribuyéndoles “actos contrarios a los intereses del Estado”, con constancia en los documentos personales, lo que dificultaba encontrar un nuevo empleo.

Los trabajadores no tenían acceso a la prensa, a la radio y a la TV, aunque jurídicamente eran “propiedad colectiva de todo el pueblo”. Los locales – que también les pertenecían según la Constitución – no se podían utilizar para una reunión de cualquier tipo sin previa autorización de las autoridades. Ni siquiera se podía adquirir legalmente un simple mimeógrafo y existía un control estricto sobre las máquinas de escribir.

Una red de soplones y espías en los lugares de trabajo, de vivienda y de estudio, extendía las garras del órgano central fascista de represión, el KGB, a todas partes. La “justicia” estaba, de hecho, subordinada al KGB.

En suma, se pisoteaban en forma absoluta todos los derechos democráticos establecidos por la propia Constitución. Se lo hacía de hecho y también mediante “reglamentaciones”.

A título de ejemplo, el caso de los obreros de la estación hidroeléctrica de Kiez, en el pueblo de Beriozka. Se reunieron a mediados de mayo de 1969 para discutir el problema de la vivienda, porque muchos de ellos seguían viviendo en barracones prefabricados y en vagones de ferrocarril. Recibieron reiteradas promesas de las autoridades. Los obreros declararon en esa reunión que ya no creían en las autoridades locales y decidieron escribir al CC del Partido. Después de dicha asamblea, los obreros manifestaron con carteles que decían, entre otras cosas: **¡Todo el poder para los soviéticos!** Llegaron allí agentes del KGB con camiones del servicio veterinario y fueron recibidos por la multitud al grito de “¿Ustedes creen que somos perros?”. Hostigados por la masa, esos agentes intentaron despertar el “odio de clase” contra uno de los participantes activos de la manifestación, el comandante retirado Iván Alexandrovich Jryshchuk, indicando que tenía buena pensión, así ¿qué demonios le importaba a él aquello? Jryshchuk aceptó que su pensión era sin duda alguna de una cuantía inmerecida por eso se la había donado ya a un

hogar infantil durante dos años y se ganaba la vida mediante un trabajo honesto, a diferencia de los hombres del KGB. Al día siguiente hubo una reunión oficial, en la que algunos de los oradores trataron de calumniar a Jryshchuk, pero fueron abucheados por la masa obrera. Esta envió una delegación a Moscú con una carta firmada por 600 personas planteando su problema. A finales de junio, Jryshchuk fue detenido. Los trabajadores escribieron una nueva carta, incluyendo el reclamo de su libertad. Poco antes de detenerlo, el vespertino de Kiev publicó un artículo acusándolo de borracho y arrojando dudas sobre su actuación durante la guerra anti-fascista (semejantes calumnias eran un lugar común para justificar la represión contra los que resistían los atropellos y las injusticias). El mismo artículo decía que la delegación “de vecinos” (ocultaba que eran obreros de la estación hidroeléctrica) estaban bebiéndose en los bares de Moscú los 900 rublos que habían conseguido sacarles a algunos ingenuos⁶⁰.

En segundo lugar, sobre semejante trasfondo los soviets eran totalmente formales. Los electores sólo podían votar por un candidato único designado por los dirigentes locales en acuerdo con sus superiores. Ya no podían controlarlos, pues la gran mayoría de los diputados se reunía con sus electores sólo una vez cada tantos años, antes de los comicios. Muchos de ellos se negaban directamente a recibir a sus electores periódicamente (como estaba establecido jurídicamente). Tampoco podían ejercer efectivamente el derecho legal de removerlos.

No es extraño, entonces, que en semejantes condiciones, la población fuera indiferente a las elecciones. Se falsificaban las cifras de votantes y el voto era cantado. Así relataban medios opositores que “las comisiones electorales a menudo no protestan cuando la hija vota por la madre, el marido por su mujer y una vecina por otra. No es raro ver que los miembros de la comisión introduzcan ellos mismos en la urna las boletas de los que se atrasan o ausentan”. Refirieron denuncias publicadas en el órgano de la Juventud (*Komsomolskaya Pravda*), de gente que cuando concurre a votar le informan: “Ya votaron por ti, puedes irte...”. “En otras circunscripciones electorales, los miembros de la comisión no votan por los ausentes a la 1 de la tarde, sino después...El día de las elecciones, la adminis-

⁶⁰ Extraído de los *samizdat* (crónicas de los sucesos, clandestinas, que se copian y circulan de mano en mano).

tracción de un inmueble da a los integrantes de las comisiones de agitación y propaganda informaciones falsas acerca de los electores presuntamente enfermos y ausentes que no se presentaron a emitir su sufragio. Decenas y centenas de miles de miembros de las comisiones electorales y de agitadores participan en esta estafa legalizada”. Señalaban que el voto secreto en realidad no existía, porque los representantes del cuerpo de propaganda se hallaban presentes en el lugar de las mesas. Y como la boleta llevaba impreso un solo nombre sólo se aislaba en el cuarto oscuro quien iba a tachar el nombre, pero debía hacerlo ante la mirada de los propagandistas⁶¹.

La “campana electoral” estaba despojada de contenido político real. Al mejor estilo burgués tradicional, antes de las elecciones, los “agitadores” procuraban resolver o activar las gestiones de pensión por invalidez, por reparaciones demoradas de viviendas, por una plaza en una guardería infantil, etc. Esto lo señalaban como algo muy positivo y como un motivo de orgullo los jerarcas en los folletos de propaganda que escribían para el extranjero⁶². Y añadían: “Los agitadores resultan así una especie de enlaces entre los electores, las instituciones y los servicios estatales locales, avivan e intensifican los servicios de la población”⁶³.

Por regla general, los diputados al Soviet Supremo eran ministros de la URSS, secretarios de los comités regionales (*obkom*) y de los comités urbanos importantes (*gorkom*) del Partido, administradores de los distritos económicos, los directores de las empresas más grandes. De acuerdo con la costumbre establecida, a los dirigentes de las secciones y los secretarios del CC del Partido se los nombraba presidentes de las comisiones permanentes del Soviet Supremo.

Las sesiones de éste eran meras formalidades. Se efectuaban dos veces al año y sólo se extendían por tres o cuatro días. En tan brevísimo tiempo aprobaban numerosas resoluciones de enorme importancia. Por ejemplo, el 14 de julio de 1970, en ese solo día y en unas pocas horas se despacharon los siguientes asuntos: elección de la nueva presidencia (*presidium*); constitución del consejo de ministros que constaba de

61 R. A. Medvedev, *ob. cit.*, pp. 154-172.

62 A. Shitikov: *El parlamento soviético en acción*, APN, Moscú, 1978, en español, pág.38. Shitikov era el presidente del Soviet de la Unión del Soviet Supremo.

63 *Ídem*.

cien miembros; aprobación de un nuevo código de trabajo, primer acto legislativo sobre el trabajo desde 1922; algunos problemas de política exterior aprobando dos declaraciones al respecto⁶⁴.

En realidad, las decisiones eran adoptadas por la dirección máxima del Partido y endosadas al presidium del Soviet Supremo. Las comisiones permanentes realizaban cierta labor real, pero sus debates no trascendían al público. Sólo se publicaban en la prensa las crónicas de las sesiones plenarias, pero carecían de interés dado su carácter formal.

Los obreros, campesinos, empleados y profesionales sencillos constituían algo más de la mitad de los diputados. Pero no tenían posibilidad de desempeñar un papel efectivo. De hecho, su participación se reducía a asistir a las sesiones plenarias. En esos diputados la propaganda del régimen exaltaba aparentemente lo popular, la sencillez y el esfuerzo abnegado del trabajador. Pero, yendo a la esencia de los valores que levantaban como ejemplo, resultaba que la política le incumbía únicamente a los de arriba y el de abajo era elogiado por la lealtad a los dirigentes, por el trabajo duro y por sus virtudes personales⁶⁵.

Por consiguiente, eran los órganos dirigentes centrales quienes establecían de por sí y ante sí en qué sentido debían operarse cambios en la correlación entre las diversas ramas productivas, la orientación del proceso científico-técnico, los planes económicos – por tanto las inversiones –, el sistema de precios y salarios, la organización del trabajo, etc. Y eran dichos órganos quienes manejaban los fondos y controlaban a los eslabones inferiores en su movimiento financiero, pero ellos no respondían ni rendían cuentas ante nadie. La dirección general de la industria y de toda la economía la ejercía el Consejo de ministros, sujeto a las directivas de la cúspide partidaria (una parte de la cual formaba parte del Consejo). Participaban y colaboraban en esa elaboración seis comités estatales: de planificación; de ciencia y técnica; de construcción; de abastecimiento de materiales y maquinarias; de trabajo y salarios; y de precios. Este sistema de órganos representaba prácticamente todas las principales funciones de dirección económica, técnica, de relaciones económicas, de organización laboral, de formación de precios y de con-

64 R. A. Medvedev, *ob. cit.*, pág.155.

65 A. Shitikov, *ob. cit.*, pp.36-37..

tabilidad. La dirección operativa se ejercía sobre todo en los eslabones inferiores de gestión.

Los ministerios industriales, estructurados según el principio sectorial, dirigían directamente las diversas ramas. Eran los órganos fundamentales de dirección de la industria. Planificaban, dirigían la producción, tomaban decisiones en materia de política técnica, de abastecimiento material y técnico, de finanzas, de trabajo y de salarios. A nivel de directores de ministerio, algunos de los cuales tenían rango de viceministros, es donde se tomaban las decisiones concretas de inversión en su área.

El verdadero papel que cumplían era similar al de presidente-director general en las grandes compañías monopolistas occidentales. Esos viceministros actuaban como grandes patrones de las empresas de su área. Decidían la creación de nuevas, designaban a los directores de las empresas y a sus adjuntos, fijaban las escalas de categorías y los precios.

Se fue concentrando la producción en enormes “uniones industriales”, dotadas de personería jurídica y regidas por la autogestión financiera. (También las empresas aun no comprendidas dentro de una “unión” gozaban de personería jurídica y se regían por la autogestión financiera). El director era una *persona de confianza del Estado y el jefe único*. En cada unidad productiva, por consiguiente, miles o decenas de miles de trabajadores estaban subordinados a un único jefe, el cual no respondía ante ellos, ni ante los soviets, ni ante las reuniones de base del Partido, sino sólo ante sus superiores. Los trabajadores no podían decidir ni modificar los objetivos y las normas de producción. Eran establecidos por el director, al igual que la organización laboral en la empresa, el sistema de tarifas y los premios. El director mandaba al jefe de sección y éste tenía derecho a admitir y a despedir a obreros, así como a premiar, sancionar y atribuir categorías a los trabajadores de su sección. La consulta con el órgano sindical, legalmente obligatoria en caso de despido y de premios, era en la gran mayoría de los casos una mera formalidad. Existían rígidas estructuras jerárquicas.

Los apologistas del régimen con aires de académicos pretendían legitimar el hecho de que los productores directos no tenían arte ni parte en las decisiones, teorizando sobre la necesidad de “diferenciar entre ejecución y poder”. Según ellos los procesos de dirección requieren conocimientos profundos y altamente especializados. Por ello, decían, son efectuados por

un limitado número de especialistas. Hacían hincapié en “las contradicciones objetivas” para llevar a la práctica lo preconizado por Lenin sobre la intervención activa de las masas trabajadoras en la dirección de la producción, aduciendo la necesidad de especialización. Pero agregaban, hipócritamente, que las funciones más generales de dirección, las más profundamente conectadas con el ejercicio del poder “atraen cada vez más amplias masas”⁶⁶. Confesaban así, sin proponérselo, que no se trataba del *ejercicio* de las funciones “más generales de dirección, las más profundamente conectadas con el poder” por parte de los productores directos, sino tan sólo de “atraer” a ellas a las masas. Sobre cómo “atraer” efectivamente a las masas a la dirección, aunque lo callen esos “académicos”, eso era principalmente tarea...del KGB.

El personal de una unidad productiva era periódicamente informado sobre la marcha del plan. Las formas de su “participación” no eran diferentes – en esencia – de las previstas por la legislación de Alemania Federal o Francia. Los contratos colectivos de trabajo se establecían por empresa y constituían una farsa porque sólo fijaban obligaciones para los obreros y porque no eran discutidos libremente. Los delegados eran manipulados. Los derechos de los comités sindicales eran meramente consultivos, salvo en casos de despidos, premios y horas extras. Pero inclusive este requisito era violado sistemática e impunemente. La huelga estaba prohibida y la negociación salarial no era de resorte de la organización sindical de la empresa. Pero la cúspide sindical tampoco actuaba como verdadero órgano representativo de las necesidades y de la voluntad de los obreros. Eran dirigentes designados a dedo que se dedicaban a presionar a los trabajadores para que elevasen su productividad. *Arbitraban* en los conflictos entre los trabajadores y la dirección. Desempeñaban el papel de *inspección* del cumplimiento de las normas de seguridad y de higiene, que, como vimos, se violaban sistemáticamente.

En cuanto a las conferencias permanentes de producción, tampoco significaron un medio real para que los trabajadores pudieran ejercer efectivamente el papel de dueños. Sus miembros eran “electos” en “votación directa y abierta” (o sea, no por voto secreto) pero era el sindicato

66 Zhukov, Olevich y Sikova, artículo en *Problemas de Economía* N°36.

el organizador de su actividad y “definitivamente decide quienes han de integrarlas”⁶⁷. Su objetivo central era presionar a los obreros para que trabajasen más, tratando de valerse para ello de trabajadores experimentados y prestigiosos. En total, según datos oficiales, participaban 5.600.000 personas en las 130 mil conferencias permanentes que existían en la URSS. Dos tercios eran obreros, según esas mismas fuentes. “Generalmente buenos especialistas, innovadores, inventores, racionalizadores”⁶⁸. O sea que 43 personas por conferencia permanente era el promedio oficial para todo el país. Se reunían una vez cada tres meses. Anualmente formulaban unas dos millones de propuestas y recomendaciones, de las cuales se llevaban a la práctica casi tres cuartas partes. Aun tomando como ciertos estos datos oficiales, nada significan en cuanto a la esencia de las reales relaciones de producción existentes.

En Occidente el capitalismo monopolista ensaya diversos métodos para integrar a los obreros a los objetivos productivos y para aparentar democratización y hasta un grado de socialización. Publicitan, por ejemplo, que “trabajar para la Sony es como trabajar para la familia propia”; ningún reloj controla la hora de entrada en la planta; gerentes y trabajadores concurren a la misma cafetería. Dicen que Toyota recibe cerca de nueve sugerencias anuales por empleado y aplica gran parte de ellas. Por su parte, la General Motors en EEUU, premia con hasta diez mil dólares las propuestas de sus obreros de innovaciones, racionalización, etc. y, según publicita, recibe un promedio anual de una propuesta por cada operario y empleado, y adopta un tercio de ellas⁶⁹.

En cuanto a los consejos técnico-económicos, también citados por la propaganda oficial soviética para demostrar que “los trabajadores son los dueños”, se formaban con una parte del personal jerárquico y con la reducida capa privilegiada o aristocracia obrera.

En resumen: resulta claro que la situación real era que los productores directos no decidían sobre los medios de producción y el producto. Quienes tomaban las decisiones no eran electos por los trabajadores ni respondían ante ellos. Tal es así que los exorbitantes privilegios de los

67 *Novedades de la Unión Soviética* N°8-9 de 1981.

68 Ídem.

69 *Revista de La Nación*, 23-8-1981.

jerarcas se mantenían como un *secreto de Estado*, aunque el pueblo ya no los desconocía. Inclusive no se publicaban los datos referentes a sus ingresos y prebendas “legales”. De este modo proliferaban los abusos. Estos pasaron así a ser parte orgánica del sistema real, como ocurre en el viejo capitalismo. Las estadísticas ocultaban celosamente todo lo que pudiera poner de relieve la brutal diferencia entre los privilegios del puñado de poderosos y el nivel de vida del pueblo.

El Partido

Decíamos antes que el jefe único de la unidad productiva sólo respondía ante sus superiores y éstos, a su turno, ante la cúpula del Partido (Politburó). Esta, a su vez, no rendía cuentas ante el conjunto del Partido, sino que, por el contrario, la masa de miembros del Partido se veía obligada a someterse a dicha cúpula. Por su parte, el Partido no respondía ante el pueblo ni lo servía, sino que, por el contrario, la jerarquía partidaria ejercía un poder absoluto y despótico y practicaba la represión fascista.

Las organizaciones de base del Partido no trataban cuestiones políticas, salvo que ya estuvieran resueltas por las instancias superiores, en cuyo caso tampoco podían debatirse si no que debían ser aplicadas. Las “discusiones” previas a los congresos sólo giraban sobre aspectos no esenciales del plan quinquenal y eran preparadas de antemano, así como la “elección” de los delegados. Las cartas con opiniones críticas se publican en una proporción, a lo sumo, del 1%. Para el XXIII Congreso, por ejemplo, numerosos militantes, inclusive viejos bolcheviques, dirigieron cartas con opiniones políticas generales a la prensa partidaria y al propio congreso. Pero ninguna fue dada a conocer, ni siquiera a los delegados al congreso.

La masa de miembros del Partido desempeñaba en la práctica el papel de peón al servicio del cuerpo de altos jerarcas. El carnet partidario era indispensable, salvo excepciones, en el medio artístico y científico para hacer carrera, aunque no era garantía ni mucho menos de que se lograra ascender.

Tampoco la reunión plenaria del CC mismo era un órgano de real decisión. Ni en su ámbito lo eran los plenos de los comités regionales o distritales. Se limitaban a avalar resoluciones ya adoptadas, al igual que los

congresos y conferencias del Partido. Las decisiones se tomaban en los burós y secretariados de los citados comités, asistidos por el aparato.

En lo tocante a la “justicia”, la práctica reinante consistía en que antes de acusar a un dirigente de malversación de fondos o bienes públicos, u otro delito, los órganos judiciales debían obtener la autorización previa de las instancias superiores del Partido.

Las decisiones del Partido sobre las inversiones eran adoptadas por el Estado y no expresaban las necesidades y los objetivos de la clase obrera. Los propios miembros del Partido tampoco determinaban la política ni podían elegir y controlar realmente a los dirigentes. Todo esto definía el verdadero carácter de clase del Partido que de comunista sólo le quedaba el nombre.

Al respecto, la composición social del P “C”US es otro elemento importante a considerar. Los datos oficiales publicados indicaban: 42% de obreros, 13,6% de koljosianos y un 44,4% de especialistas y de profesionales⁷⁰. Pero dentro de la población soviética los obreros constituían el 61,6%, mientras que los dirigentes superiores y medios – que conforman la inmensa mayoría del citado 44,4% de los miembros del Partido clasificados como especialistas y profesionales – sólo sumaban el 6% de la población total⁷¹. Mientras que los trabajadores manuales sin calificación, los campesinos más pobres, constituían el 70% del total de los koljosianos, sólo un 2,5% de ellos eran miembros del Partido. En cambio, el 95% de los presidentes y el 41% del personal superior eran miembros del Partido, aunque sólo representaban el 3,5% del total de integrantes de los koljosos⁷². Cabe subrayar que sólo la mitad de los dirigentes koljosianos eran de origen rural y que en el 75% de los casos no efectuaban labores manuales. Más de la mitad de sus hijos habitaban en la ciudad.

Para fundamentar el carácter de clase pretendidamente proletario del Partido, los apologistas de Moscú aducían que el 80% de los secretarios de los comités centrales y de los comités regionales “empezaron su vida activa” como obreros o campesinos, al igual – agregaban – que el 70% de

70 Chernenko, artículo en *Revista Internacional*, mayo de 1979, pág.6.

71 *Anuario de la URSS*, 1978, APN, pág.74.

72 Kerblay: *ob. cit.*, pág.101.

los ministros y la mitad de los directores de las mayores empresas⁷³. Argumentaban así en forma burdamente antimarxista sobre la condición de clase: en vez de analizar su condición social - determinada por el lugar que ocupan efectivamente en la producción social, por su posición frente a los medios de producción - caracterizaban a los dirigentes por su *origen* social. Por otra parte, es bien conocida la manipulación de las biografías de los jerarcas. Muchos que jamás habían pisado una fábrica figuraban como “obreros”.

En cuanto a la verdadera condición social de los jerarcas, el dato oficial que proporciona un punto de referencia es que el 99,5% de los secretarios de los comités centrales, regionales, distritales, y de las organizaciones de base eran “especialistas”. En el CC designado en 1970, sobre 195 titulares, sólo tres eran obreros que estaban en la producción.

Los congresos y las sesiones del CC se asemejaban en su contenido a las conferencias de hombres de negocios: todo lo medían en rublos y en toneladas. Los funcionarios del CC eran sobre todo “especialistas” económicos. En 1970, el cargo del secretario del CC para los problemas ideológicos se asignó a un jerarca de la industria química y el de secretario de asuntos extranjeros a un jefe de la industria automotriz. A la vez, los altos jefes militares y del KGB, “especialistas” también, se entrelazaban con ellos, y en conjunto conformaban la cúpula dirigente.

Otros elementos sobre las relaciones en las unidades productivas

Lenin indicó que por sus formas de actuar sobre los productores directos, las distintas formaciones económico-sociales podrían caracterizarse del siguiente modo: el feudalismo se sostenía en la disciplina del garrote, el capitalismo se basa en la disciplina del hambre, mientras que – por el contrario – el socialismo debe sustentarse en la disciplina consciente y creadora de los trabajadores liberados de la explotación, dueños colectivos de los medios de producción.

Para aumentar el rendimiento de los obreros y para dividirlos, la burguesía emplea métodos económicos como los diversos sistemas de sala-

73 Zhukov, Olevich y Sikova: *lugar citado*, pp.75-76-

rios, las primas por producción, los premios. Al mismo tiempo, utiliza en gran escala la coerción mediante un aparato represivo interno en la empresa y se apoya en el aparato estatal. No por ello deja de usar también “estímulos morales”. Las revistas de las grandes compañías publican las fotos de los “mejores obreros”, los directores entregan medallas recordatorias a quienes tienen muchos años de servicio “leal a la empresa” y otras cosas por el estilo. Tales métodos, en su conjunto, apuntan asimismo a alentar el desarrollo de una reducida capa corrompida y aburguesada de obreros, a la que Lenin denominó *aristocracia obrera*. Esta es un fenómeno típico de la fase monopolista del capitalismo y constituye la base social del reformismo y del revisionismo en los países capitalistas desarrollados.

Por lo desarrollado en los puntos anteriores se puede afirmar que *la fuerza de trabajo volvió a ser una mercancía* en la ex URSS. Los trabajadores en el “socialismo real” quedaron totalmente divorciados de los medios de producción, en la producción social sólo disponían de su fuerza de trabajo y se vieron obligados a venderla a las empresas. Su trabajo no estaba al servicio del pueblo, de él disponía el cuerpo de altos jefes y al obrero le proporcionaba únicamente los medios de subsistencia. El blanqueo de la economía en negro y el sinceramiento capitalista con Gorbachov y Yeltsin colocó abiertamente al obrero a la intemperie del mercado. Los teóricos del sistema declararon desvergonzadamente la necesidad de la existencia de cierto número de desempleados, el “ejército de reserva laboral”. Subrayaron: “la desocupación parcial de la población ya existe hace años en muchas regiones del país, ante todo en Asia Central y en Transcaucasia” y se van cerrando empresas “por no ser rentables”⁷⁴.

La propia propaganda soviética, por un lado, afirmaba: “el pueblo es el dueño de los medios de producción”. (El análisis de los hechos lo desmiente). Pero, por otro lado, en sus formulaciones más concretas, los trabajadores quedaban excluidos de las decisiones y de la dirección real de las unidades productivas y en general de la economía. Los publicistas ofi-

74 Academia de Ciencias de la URSS: *La sociología soviética en la Perestroika*, Editorial Nauka, Moscú, 1990, pp.24 y 26.

ciales decían: “tratándose de la producción socialista, una de las ideas básicas del concepto de dirección es combinar el *mando unipersonal* con la más amplia *incorporación* de los trabajadores a la *tarea de desarrollar la producción* y elevar la eficacia”⁷⁵. Lo subrayado demuestra que el mando pertenecía únicamente a una persona. La “amplia incorporación” de los trabajadores no se refería a las decisiones sino a elevar la producción.

La reglamentación de las labores en las unidades de producción establecía una jerarquía rígida a la que debían someterse los trabajadores. Los jefes únicos, en general, operaban con un autoritarismo tremendo. Combinaban el garrote con la zanahoria. Se aplicaban en las empresas todo género de sanciones y se otorgaban premios. Existía una red de controles sobre los trabajadores. Todo ello dirigido a fijar la atención en el rendimiento individual y a sacarla de las cuestiones sociales a nivel de la fábrica y a nivel general. Las normas jurídicas establecidas en el Código de Trabajo y sobre todo la práctica se asemejaba a las condiciones del capitalismo tradicional, especialmente de las primeras épocas analizadas por Marx en *El Capital*. Bordeaban el servicio de trabajo obligatorio tal como se conoció en las zonas ocupadas por los nazis, al limitar la libertad de movimiento de los trabajadores y hacer constar en sus libretas de trabajo – que debían acompañar los documentos de identidad – las evaluaciones favorables o desfavorables de los jefes sobre su conducta. Los obreros que trabajaban en los establecimientos vinculados a la producción bélica debían renunciar por escrito al derecho de cambiar de trabajo. El KGB los sometía a ellos y a sus familias a una vigilancia más acentuada que al resto de la población. Y se trataba de una porción considerable de la clase obrera, un 15% de la fuerza laboral, es decir, de 20 a 25 millones de trabajadores. A cambio, sus salarios eran de un 25 a un 50% más altos y gozaban de algunas ventajas respecto de la gran penuria del resto de los obreros.

Según los voceros oficiales, “la gran industria de maquinaria sólo puede desarrollarse de manera efectiva basándose en una orientación única, en una sola voluntad. Pero en las condiciones del socialismo, *la voluntad del hombre que dirige la empresa* se sustenta en el *apoyo* activo y la *ayu-*

75 Kamemitser: *Experiencias de la dirección de la industria en la URSS*, Progreso, Moscú, 1975, pág.10.

da de la colectividad”⁷⁶. Puede verse claramente, por tanto, que según ellos, *las decisiones – la voluntad* – debían ser resorte de quien dirige como jefe único la unidad productiva, mientras que a los trabajadores les correspondía *apoyar y ayudar*. Estos jefes únicos subordinaban a decenas de miles de trabajadores.

Las citadas afirmaciones respecto del método de dirección de las unidades productivas pretenden atribuir al sistema socialista el criterio de un mando unipersonal del director. Al respecto, resulta ilustrativo mencionar que los teóricos de los monopolios europeos preocupados por encontrar caminos que perpetúen su dominación, plantean con lucidez la contradicción inherente al sistema de dirección que subordina a los productores directos a la voluntad de los jefes, al sostener que: “...Cada progreso del bienestar material y de la educación refuerza el deseo de la gente de participar en las decisiones que le conciernen. Esta exigencia es rechazada por la tendencia simultánea a la concentración y el gigantismo del poder económico y a la burocratización del poder político”⁷⁷.

En la ex URSS los trabajadores no se hacían eco de los continuos llamamientos de los dirigentes del Kremlin. Esto no tiene nada de sorprendente, puesto que por su propia experiencia sabían que el incremento o no de la producción les daba lo mismo, por lo que sólo se interesaban en el monto del salario y en las posibilidades reales de consumo, sin importarles qué pasaba con los recursos empleados en la producción.

En un informe preparado por un instituto, pero sólo publicado por la oposición, se señalaba: “Numerosos hechos demuestran que las estúpidas denuncias de nuestros desastres económicos que podemos leer en los diarios sólo reflejan de manera insuficiente y deformada una contradicción mayor: la que existe entre el carácter social consciente de la actividad productiva moderna y su ciega organización burocrática, dominada por una autocracia administrativa. Las restricciones (administrativas, ideológicas) impuestas a los trabajadores les impiden participar activamente en el trabajo común y fijan brutalmente los objetivos, métodos y formas del trabajo.. La disciplina es interpretada como obediencia; el espíritu cívico como celo para sufrir los malos tratos; las convicciones ideológicas

⁷⁶ *Ídem.*

⁷⁷ Comunidad Económica Europea: *Un proyecto para Europa*, Bruselas, 1978, pág.7.

como adhesión incondicional; el patriotismo como obstinación y entusiasmo en la ejecución”⁷⁸.

En las condiciones modernas, una organización de la producción social dominada por una autocracia, en la que los trabajadores están reducidos al papel de meros objetos, es inherente a un sistema de relaciones sociales en el que las condiciones de producción y el producto son apropiados por una exigua minoría y los productores directos se hallan divorciados de los medios de producción. En *El Capital* Marx demostró que, siendo el motivo propulsor y la finalidad determinante del proceso productivo en el capitalismo la valorización del capital, es decir, obtener la mayor plusvalía posible, la dirección de las unidades de producción tiene como *contenido* un proceso social de trabajo para crear un producto y un proceso de incremento del capital, y tiene una *forma despótica*⁷⁹.

Al igual que en el régimen capitalista tradicional, en la ex URSS los medios de producción volvieron a enfrentarse al obrero como poder ajeno. Y por ello creció sin cesar la necesidad de fiscalizar su empleo, por parte del cuerpo de altos jefes – que dominaban como poder propio las condiciones de producción - para evitar que se derrochasen o malgastasen. La cooperación laboral entre los obreros en las unidades productivas, la coordinación de sus funciones y su unidad como organismo de trabajo no radicaba en ellos mismos sino *afuera* de ellos, en el jefe único (y en sus superiores a nivel regional y nacional). Existía un plan de producción elaborado y decidido al margen de ellos, al que debían someterse y que les era impuesto por una autoridad también ajena a ellos. Esta, de hecho, perseguía asimismo fines especiales, distintos y opuestos a las necesidades mediatas e inmediatas de los productores directos.

En las unidades de producción, los trabajadores estaban sometidos a una disciplina forzosa, como si estuviesen en un cuartel, para asegurar su supeditación total al ritmo de trabajo y a las exigencias técnicas y organizativas impuestas por el plan. Y éste no traía como resultado una mejora en las condiciones laborales, sino que, por el contrario, su cumplimiento se hacía a costa de seguir mezquinando luz, espacio, aire y protección al obrero en los lugares de trabajo.

78 Medvedev: *ob. cit.*, pp.272-273.

79 *Edic. cit.*, tomo 1, pág.268.

La situación reinante en las empresas tenía además el agravante de que los obreros no gozaban siquiera de los elementales derechos sindicales. La reivindicación de sindicatos libres se convirtió en una bandera de lucha que no sólo se levantó en Polonia sino también en la URSS misma.

La cúspide sostenía que empleaba estímulos materiales y “estímulos morales” para asegurar la disciplina laboral y elevar el rendimiento productivo. Afirmaba que lo principal era el estímulo material. Lo que describía como “estímulos morales” era similar, en su contenido real, a lo que comentamos al comienzo de este punto respecto de los métodos usados por el capital monopolista contemporáneo. En la URSS de los revisionistas condecoraban a los mejores obreros, los mencionaban en los medios, entregaban premios en dinero, privilegios en vivienda y en vacaciones, ubicación de los hijos en mejores establecimientos de enseñanza, cuidados médicos y otras cosas vedadas en los hechos al soviético común.

Al mismo tiempo, según ellos, “el sistema de incentivos no sería suficiente si no comprendiera un sistema de sanciones...La dirección se erige sobre una combinación razonable del *convencimiento* y la *coerción*... Cada trabajador debe comprender con claridad cuál es su papel en el incremento de la producción...” (el destacado es mío - C.E.)⁸⁰. Pero, de los hechos y de las tesis mismas de la dirigencia soviética, surge que por convencimiento entendían sistema de salarios y promoción del éxito individual y del arribismo de una reducida capa de obreros, a la vez que la coerción ocupaba el lugar central en el método de dirección de las empresas.

Todo esto no tiene nada que ver con el socialismo, que se sustenta en la disciplina consciente y creadora de los trabajadores, liberados de la explotación y sujetos activos del proceso productivo. En la URSS de los revisionistas formalmente siguió rigiendo el principio socialista de que quien no trabaja no come. Pero en la práctica el obrero se veía forzado a vender su fuerza de trabajo a una reducida minoría que dominaba las condiciones de producción, fijaba el plan y las normas, disponía del

80 Kamenitser: *ob. cit.*, pp.130-131.

producto creado y no rendía cuentas al pueblo sobre si trabajaba o no y en qué condiciones lo hacía. Mientras los “hijos de papá” vivían en el lujo y el despilfarro y en muchos casos no tenían ninguna ocupación, los productores directos, si se quedaban sin trabajo o decidían cambiar de lugar como reacción ante los atropellos e injusticias, corrían el riesgo, pasados unos meses, de ser enviados a campos de trabajo forzado por “vagancia y parasitismo”. Miles de soviéticos, prisioneros en condiciones que avergüenzan al género humano, realizaban trabajos forzados, reducidos en la práctica a la condición de esclavos modernos.